La aventura de las cinco semillas de naranja  
[Cuento. Texto completo]  
  
Arthur Conan Doyle

|  |
| --- |
| Cuando reviso mis notas y memorias de los casos de Sherlock Holmes en el intervalo del 82 al 90, me encuentro con que son tantos los que presentan características extrañas e interesantes, que no resulta fácil saber cuáles elegir y cuáles dejar de lado. Pero hay algunos que han conseguido ya publicidad en los periódicos, y otros que no ofrecieron campo al desarrollo de las facultades peculiares que mi amigo posee en grado tan eminente, y que estos escritos tienen por objeto ilustrar.  Hay también algunos que escaparon a su capacidad analítica, y que, en calidad de narraciones, vendrían a resultar principios sin final, mientras que hay otros que fueron aclarados sólo parcialmente, estando la explicación de los mismos fundada en conjeturas y suposiciones, más bien que en una prueba lógica absoluta, procedimiento que le era tan querido. Sin embargo, hay uno, entre estos últimos, tan extraordinario por sus detalles y tan sorprendente por sus resultados, que me siento tentado a dar un relato parcial del mismo, no obstante el hecho de que existen en relación con él determinados puntos que no fueron, ni lo serán jamás, puestos en claro.  El año 87 nos proporciona una larga serie de casos de mayor o menor interés y de los que conservo constancia. Entre los encabezamientos de los casos de estos doce meses me encuentro con un relato de la aventura de la habitación Paradol, de la Sociedad de Mendigos Aficionados, que se hallaba instalada en calidad de club lujoso en la bóveda inferior de un guardamuebles; con el de los hechos relacionados con la pérdida del velero británico *Sophy Anderson;* con el de las extrañas aventuras de los Grice Patersons, en la isla de Ufa, y, finalmente, con el del envenenamiento ocurrido en Camberwell. Se recordará que en este último caso consiguió Sherlock Holmes demostrar que el muerto había dado cuerda a su reloj dos horas antes, y que, por consiguiente, se había acostado durante ese tiempo..., deducción que tuvo la mayor importancia en el esclarecimiento del caso. Quizá trace yo, más adelante, los bocetos de todos estos sucesos, pero ninguno de ellos presenta características tan sorprendentes como las del extraño cortejo de circunstancias para cuya descripción he tomado la pluma.  Nos encontrábamos en los últimos días de septiembre y las tormentas equinocciales se habían echado encima con violencia excepcional. El viento había bramado durante todo el día, y la lluvia había azotado las ventanas, de manera que, incluso aquí, en el corazón del inmenso Londres, obra de la mano del hombre, nos veíamos forzados a elevar, de momento, nuestros pensamientos desde la diaria rutina de la vida, y a reconocer la presencia de las grandes fuerzas elementales que ladran al género humano por entre los barrotes de su civilización, igual que fieras indómitas dentro de una jaula. A medida que iba entrando la noche, la tormenta fue haciéndose más y más estrepitosa, y el viento lloraba y sollozaba dentro de la chimenea igual que un niño. Sherlock Holmes, a un lado del hogar, sentado melancólicamente en un sillón, combinaba los índices de sus registros de crímenes, mientras que yo, en el otro lado, estaba absorto en la lectura de uno de los bellos relatos marineros de Clark Rusell. Hubo un momento en que el bramar de la tempestad del exterior pareció fundirse con el texto, y el chapoteo de la lluvia se alargó hasta dar la impresión del prolongado espumajeo de las olas del mar. Mi esposa había ido de visita a la casa de una tía suya, y yo me hospedaba por unos días, y una vez más, en mis antiguas habitaciones de Baker Street.  -¿Qué es eso?-dije, alzando la vista hacia mi compañero-. Fue la campanilla de la puerta, ¿verdad? ¿Quién puede venir aquí esta noche? Algún amigo suyo, quizá.  -Fuera de usted, yo no tengo ninguno -me contestó-. Y no animo a nadie a visitarme.  -¿Será entonces un cliente?  -Entonces se tratará de un asunto grave. Nada podría, de otro modo, obligar a venir aquí a una persona con semejante día y a semejante hora. Pero creo que es más probable que se trate de alguna vieja amiga de nuestra patrona.  Se equivocó, sin embargo, Sherlock Holmes en su conjetura, porque se oyeron pasos en el corredor, y alguien golpeó en la puerta. Mi compañero extendió su largo brazo para desviar de sí la lámpara y enderezar su luz hacia la silla desocupada en la que tendría que sentarse cualquiera otra persona que viniese. Luego dijo:  -¡ Adelante!  El hombre que entró era joven, de unos veintidós años, a juzgar por su apariencia exterior; bien acicalado y elegantemente vestido, con un no sé qué de refinado y fino en su porte. El paraguas, que era un arroyo, y que sostenía en la mano, y su largo impermeable brillante, delataban la furia del temporal que había tenido que aguantar en su camino. Enfocado por el resplandor de la lámpara, miró ansiosamente a su alrededor, y yo pude fijarme en que su cara estaba pálida y sus ojos cargados, como los de una persona a quien abruma alguna gran inquietud.  -Debo a ustedes una disculpa -dijo, subiéndose hasta el arranque de la nariz las gafas doradas, a presión-. Espero que mi visita no sea un entretenimiento. Me temo que haya traído hasta el interior de su abrigada habitación algunos rastros de la tormenta.  -Deme su impermeable y su paraguas -dijo Holmes-. Pueden permanecer colgados de la percha, y así quedará usted libre de humedad por el momento. Veo que ha venido usted desde el Sudoeste.  -Sí, de Horsham.  -Esa mezcla de arcilla y de greda que veo en las punteras de su calzarlo es completamente característica.  -Vine en busca de consejo.  -Eso se consigue fácil.  -Y de ayuda.  -Eso ya no es siempre tan fácil.  -He oído hablar de usted, señor Holmes. Le oí contar al comandante Prendergast cómo le salvó usted en el escándalo de Tankerville Club.  -Sí, es cierto. Se le acusó injustamente de hacer trampas en el juego.  -Aseguró que usted se dio maña para poner todo en claro.  -Eso fue decir demasiado.  -Que a usted no lo vencen nunca.  -Lo he sido en cuatro ocasiones: tres veces por hombres, y una por cierta dama.  -Pero ¿qué es eso comparado con el número de sus éxitos?  -Es cierto que, por lo general, he salido airoso.  -Entonces, puede salirlo también en el caso mío.  -Le suplico que acerque su silla al fuego, y haga el favor de darme algunos detalles del mismo.  -No se trata de un caso corriente.  -Ninguno de los que a mí llegan lo son. Vengo a ser una especie de alto tribunal de apelación.  -Yo me pregunto, a pesar de todo, señor, si en el transcurso de su profesión ha escuchado jamás el relato de una serie de acontecimientos más misteriosos e inexplicables que los que han ocurrido en mi propia familia.  -Lo que usted dice me llena de interés -le dijo Holmes-. Por favor, explíquenos desde el principio los hechos fundamentales, y yo podré luego interrogarle sobre los detalles que a mí me parezcan de la máxima importancia.  El joven acercó la silla, y adelantó sus pies húmedos hacia la hoguera.  -Me llamo John Openshaw -dijo-, pero, por lo que a mí me parece, creo que mis propias actividades tienen poco que ver con este asunto espantoso. Se trata de una cuestión hereditaria, de modo que, para darles una idea de los hechos, no tengo más remedio que remontarme hasta el comienzo del asunto. Deben ustedes saber que mi abuelo tenía dos hijos: mi tío Elías y mi padre José. Mi padre poseía, en Coventry, una pequeña fábrica, que amplió al inventarse las bicicletas. Poseía la patente de la llanta irrompible Openshaw, y alcanzó tal éxito en su negocio, que consiguió venderlo y retirarse con un relativo bienestar. Mi tío Elías emigró a América siendo todavía joven, y se estableció de plantador en Florida, de donde llegaron noticias de que había prosperado mucho. En los comienzos de la guerra peleó en el ejército de Jackson, y más adelante en el de Hood, ascendiendo en éste hasta el grado de coronel. Cuando Lee se rindió, volvió mi tío a su plantación, en la que permaneció por espacio de tres o cuatro años. Hacia el mil ochocientos sesenta y nueve o mil ochocientos setenta, regresó a Europa y compró una pequeña finca en Sussex, cerca de Horsham. Había hecho una fortuna muy considerable, y si abandonó Norteamérica fue movido de su antipatía a los negros, y de su desagrado por la política del partido republicano de concederles la liberación de la esclavitud. Era un hombre extraño, arrebatado y violento, muy mal hablado cuando le dominaba la ira, y por demás retraído. Dudo de que pusiese ni una sola vez los pies en Londres durante los años que vivió en Horsham. Poseía alrededor de su casa un jardín y tres o cuatro campos de deportes, y en ellos se ejercitaba, aunque con mucha frecuencia no salía de la habitación durante semanas enteras. Bebía muchísimo aguardiente, fumaba por demás, pero no quería tratos sociales, ni amigos, ni aun siquiera que le visitase su hermano. Contra mí no tenía nada, mejor dicho, se encaprichó conmigo, porque cuando me conoció era yo un jovencito de doce años, más o menos. Esto debió de ocurrir hacia el año mil ochocientos setenta y ocho, cuando llevaba ya ocho o nueve años en Inglaterra. Pidió a mi padre que me dejase vivir con él, y se mostró muy cariñoso conmigo, a su manera. Cuando estaba sereno, gustaba de jugar conmigo al chaquete y a las damas, y me hacía portavoz suyo junto a la servidumbre y con los proveedores, de modo que para cuando tuve dieciséis años era yo el verdadero señor de la casa.  Yo guardaba las llaves y podía ir a donde bien me pareciese y hacer lo que me diese la gana, con tal que no le molestase cuando él estaba en sus habitaciones reservadas. Una excepción me hizo, sin embargo; había entre los áticos una habitación independiente, un camaranchón que estaba siempre cerrado con llave, y al que no permitía que entrásemos ni yo ni nadie. Llevado de mi curiosidad de muchacho, miré más de una vez por el ojo de la cerradura, sin que llegase a descubrir dentro sino lo corriente en tales habitaciones, es decir, una cantidad de viejos baúles y bultos. Cierto día, en el mes de marzo de mil ochocientos ochenta y tres, había encima de la mesa, delante del coronel, una carta cuyo sello era extranjero. No era cosa corriente que el coronel recibiese cartas, porque todas sus facturas se pagaban en dinero contante, y no tenía ninguna clase de amigos. Al coger la carta, dijo: «¡Es de la India! ¡Trae la estampilla de Pondicherry! ¿Qué podrá ser?».  Al abrirla precipitadamente saltaron del sobre cinco pequeñas y resecas semillas de naranja, que tintinearon en su plato. Yo rompí a reír, pero, al ver la cara de mi tío, se cortó la risa en mis labios. Le colgaba la mandíbula, se le saltaban los ojos, se le había vuelto la piel del color de la masilla, y miraba fijamente el sobre que sostenía aún en aun manos temblorosas. Dejó escapar un chillido, y exclamó luego: «K. K. K. ¡ Dios santo, Dios santo, mis pecados me han dado alcance!». «¿Qué significa eso, tío?», exclamé. «Muerte», me dijo, y levantándose de la mesa, se retiró a su habitación, dejándome estremecido de horror. Eché mano al sobre, y vi garrapateada en tinta roja, sobre la patilla interior, encima mismo del engomado, la letra K, repetida tres veces. No había nada más, fuera de las cinco semillas resecas. ¿Qué motivo podía existir para espanto tan excesivo? Me alejé de la mesa del desayuno y, cuando yo subía por las escaleras, me tropecé con mi tío, que bajaba por ellas, trayendo en una mano una vieja llave roñosa, y en la otra, una caja pequeña de bronce, por el estilo de las de guardar el dinero. «Que hagan lo que les dé la gana, pero yo los tendré en jaque una vez más. Dile a Mary que necesito que encienda hoy fuego en mi habitación, y envía a buscar a Fordham, el abogado de Horsham.» Hice lo que se me ordenaba y, cuando llegó el abogado, me pidieron que subiese a la habitación. Ardía vivamente el fuego, y en la rejilla del hogar se amontonaba una gran masa de cenizas negras y sueltas, como de papel quemado, en tanto que la caja de bronce estaba muy cerca y con la tapa abierta. Al mirar yo la caja, descubrí, sobresaltado, en la tapa la triple K, que había leído aquella mañana en el sobre.  «John -me dijo mi tío-, deseo que firmes como testigo mi testamento. Dejo la finca, con todas sus ventajas e inconvenientes, a mi hermano, es decir, a tu padre, de quien, sin duda, vendrá a parar a ti. Si conseguís disfrutarla en paz, santo y bueno. Si no lo conseguís, seguid mi consejo, muchacho, y abandonadla a vuestro peor enemigo. Lamento dejaros un arma así, de dos filos, pero no sé qué giro tomarán las cosas. Ten la bondad de firmar este documento en el sitio que te indicar, el señor Fordham.»  Firmé el documento dónde se me indicó, y el abogado se lo llevó con él. Como ustedes se imaginarán, aquel extraño incidente me produjo la más profunda impresión: lo sopesé en mi mente, y le di vueltas desde todos los puntos de vista, sin conseguir encontrarle explicación. Pero no conseguí librarme de un vago sentimiento de angustia que dejó en mí, aunque esa sensación fue embotándose a medida que pasaban semanas sin que ocurriese nada que túrbase la rutina diaria de nuestras vidas. Sin embargo, pude notar un cambio en mi tío. Bebía más que nunca, y se mostraba todavía menos inclinado al trato con nadie. Pasaba la mayor parte del tiempo metido en su habitación, con la llave echada por dentro, pero a veces salía como poseído de un furor de borracho, se lanzaba fuera de la casa, y se paseaba por el jardín impetuosamente, esgrimiendo en la mano un revólver y diciendo a gritos que a él no le asustaba nadie y que él no se dejaba enjaular, como oveja en el redil, ni por hombres ni por diablos. Pero una vez que se le pasaban aquellos arrebatos, corría de una manera alborotada a meterse dentro, y cerraba con llave y atrancaba la puerta, como quien ya no puede seguir haciendo frente al espanto que se esconde en el fondo mismo de su alma. En tales momentos, y aun en tiempo frío, he visto yo relucir su cara de humedad, como si acabase de sacarla del interior de la jofaina. Para terminar, señor Holmes, y no abusar de su paciencia, llegó una noche en que hizo una de aquellas salidas suyas de borracho, de la que no regresó. Cuando salimos a buscarlo, nos lo encontramos boca abajo, dentro de una pequeña charca recubierta de espuma verdosa que había al extremo del jardín. No presentaba señal alguna de violencia, y la profundidad del agua era sólo de dos pies, y por eso el Jurado, teniendo en cuenta sus conocidas excentricidades, dictó veredicto de suicidio. Pero a mí, que sabía de qué modo retrocedía ante el solo pensamiento de la muerte, me costó mucho trabajo convencerme de que se había salido de su camino para ir a buscarla. Sin embargo, la cosa pasó, entrando mi padre en posesión de la finca y de unas catorce mil libras que mi tío tenía a su favor en un Banco.  -Un momento-le interrumpió Holmes-. Preveo ya que su relato es uno de los más notables que he tenido ocasión de oír jamás. Hágame el favor de decirme la fecha en que su tío recibió la carta y la de su supuesto suicidio.  -La carta llegó el día diez de marzo de mil ochocientos ochenta y tres. Su muerte tuvo lugar siete semanas más tarde, en la noche del día dos de mayo.  -Gracias. Puede usted seguir.  -Cuando mi padre se hizo cargo de la finca de Horsham, llevó a cabo, a petición mía, un registro cuidadoso del ático que había permanecido siempre cerrado. Encontramos allí la caja de bronce, aunque sus documentos habían sido destruidos. En la parte interior de la tapa había una etiqueta de papel, en la que estaban repetidas las iniciales, y debajo de éstas, la siguiente inscripción: «Cartas, memoranda, recibos y registro.» Supusimos que esto indicaba la naturaleza de los documentos que había destruido el coronel Openshaw. Fuera de esto, no había en el ático nada de importancia, aparte de gran cantidad de papeles y cuadernos desparramados que se referían a la vida de mi tío en Norteamérica. Algunos de ellos pertenecían a la época de la guerra, y demostraban que él había cumplido bien con su deber, teniendo fama de ser un soldado valeroso. Otros llevaban la fecha de los tiempos de la reconstrucción de los estados del Sur, y se referían a cosas de política, siendo evidente que mi tío había tomado parte destacada en la oposición contra los que en el Sur se llamaron políticos *hambrones,* que habían sido enviados desde el Norte. Mi padre vino a vivir en Horsham a principios del ochenta y cuatro, y todo marchó de la mejor manera que podía desearse hasta el mes de enero del ochenta y cinco. Estando mi padre y yo sentados en la mesa del desayuno el cuarto día después del de Año Nuevo, oí de pronto que mi padre daba un agudo grito de sorpresa. Y lo vi sentado, con un sobre recién abierto en una mano y cinco semillas secas de naranja en la palma abierta de la otra. Se había reído siempre de lo que calificaba de fantástico relato mío acerca del coronel, pero ahora veía con gran desconcierto y recelo que él se encontraba ante un hecho igual. «¿Qué diablos puede querer decir esto, John?», tartamudeó. A mí se me había vuelto de plomo el corazón, y dije: «Es el K. K. K.» Mi padre miró en el interior del sobre y exclamó: «En efecto, aquí están las mismas letras. Pero ¿qué es lo que hay escrito encima de ellas?» Yo leí, mirando por encima de su hombro: «Coloque los documentos encima de la esfera del reloj de sol<» «¿Qué documentos y qué reloj de sol?», preguntó él. «El reloj de sol está en el jardín. No hay otro -dije yo-. Pero los documentos deben de ser los que fueron destruidos», «¡Puf! -dijo él, aferrándose a su valor-. Vivimos aquí en un país civilizado en el que no caben esta clase de idioteces. ¿De dónde procede la carta?» «De Dundee», contesté, examinando la estampilla de Correos. «Algún bromazo absurdo -dijo mi padre-. ¿Qué me vienen a mí con relojes de sol y con documentos? No haré caso alguno de semejante absurdo.» «Yo, desde luego, me pondría en comunicación con la Policía», le dije. «Para que encima se me riesen. No haré nada de eso.» «Autoríceme entonces a que lo haga yo.» «De ninguna manera. Te lo prohíbo. No quiero que se arme un jaleo por semejante tontería.» De nadó valió el que yo discutiese con él, porque mi padre era hombre por demás terco. Sin embargo, viví esos días con el corazón lleno de presagios ominosos.  El tercer día, después de recibir la carta, marchó mi padre a visitar a un viejo amigo suyo, el comandante Freebody, que está al mando de uno de los fuertes que hay en los altos de Portsdown Hill. Me alegré de que se hubiese marchado, pues me parecía que hallándose fuera de casa estaba más alejado del peligro. En eso me equivoqué, sin embargo. Al segundo día de su ausencia recibí un telegrama del comandante en el que me suplicaba que acudiese allí inmediatamente. Mi padre había caído por la boca de uno de los profundos pozos de cal que abundan en aquellos alrededores, y yacía sin sentido, con el cráneo fracturado. Me trasladé hasta allí a toda prisa, pero mi padre murió sin haber recobrado el conocimiento. Según parece, regresaba, ya entre dos luces, desde Fareham, y como desconocía el terreno y la boca del pozo estaba sin cercar, el Jurado no titubeó en dar su veredicto de *muerte producida por causa accidental.* Por mucho cuidado que yo puse en examinar todos los hechos relacionados con su muerte, nada pude descubrir que sugiriese la idea de asesinato. No mostraba señales de violencia, ni había huellas de pies, ni robo, ni constancia de que se hubiese observado por las carreteras la presencia de extranjeros. No necesito, sin embargo, decir a ustedes que yo estaba muy lejos de tenerlas todas conmigo, y que casi estaba seguro de que se había tramado a su alrededor algún complot siniestro. De esa manera tortuosa fue como entré en posesión de mi herencia. Ustedes me preguntarán por qué no me desembaracé de la misma. Les contestaré que no lo hice porque estaba convencido de que nuestras dificultades se derivaban, de una manera u otra, de algún incidente de la vida de mi tío, y que el peligro sería para mí tan apremiante en una casa como en otra. Mi pobre padre halló su fin durante el mes de enero del año ochenta y cinco, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante todo ese tiempo yo he vivido feliz en Horsham, y ya empezaba a tener la esperanza de que aquella maldición se había alejado de la familia, y que había acabado en la generación anterior. Sin embargo, me apresuré demasiado a tranquilizarme; ayer por la mañana cayó el golpe exactamente en la misma forma que había caído sobre mi padre.  El joven sacó del chaleco un sobre arrugado, y volviéndolo boca abajo encima de la mesa, hizo saltar del mismo cinco pequeñas semillas secas de naranja.  -He aquí el sobre -prosiguió-. El estampillado es de Londres, sector del Este. En el interior están las mismas palabras que traía el sobre de mi padre: «K. K. K.», y las de «Coloque los documentos encima de la esfera del reloj de sol».  -¿Qué ha hecho usted?-preguntó Holmes.  -Nada.  -¿Nada?  -A decir verdad -y hundió el rostro dentro de sus manos delgadas y blancas- me sentí perdido. Algo así como un pobre conejo cuando la serpiente avanza retorciéndose hacia él. Me parece que estoy entre las garras de una catástrofe inexorable e irresistible, de la que ninguna previsión o precaución puede guardarme.  -¡Vaya, vaya! -exclamó Sherlock Holmes-. Es preciso que usted actúe, hombre, o está usted perdido. Únicamente su energía le puede salvar. No son momentos éstos de entregarse a la desesperación.  -He visitado a la Policía.  -¿y qué?  -Pues escucharon mi relato con una sonrisa. Estoy seguro de que el inspector ha llegado a la conclusión de que las cartas han sido otros tantos bromazos, y que las muertes de mis parientes se deben a simples accidentes, según dictaminó el Jurado, y no debían ser relacionadas con las cartas de advertencia.  Holmes agitó violentamente sus puños cerrados en el aire, y exclamó  -¡Qué inaudita imbecilidad!  -Sin embargo, me han otorgado la protección de un guardia, al que han autorizado para que permanezca en la casa.  Otra vez Holmes agitó furioso los cuños en el aire, y dijo:  -¿Cómo ha sido el venir usted a verme? Y sobre todo, ¿cómo ha sido el no venir inmediatamente?  -Nada sabía de usted. Ha sido hoy cuando hablé al comandante Prendergast sobre el apuro en que me hallo, y él me aconsejó que viniese a verle a usted.  -En realidad han transcurrido ya dos días desde que recibió la carta. Deberíamos haber entrado en acción antes de ahora. Me imagino que no poseerá usted ningún otro dato fuera de los que nos ha expuesto, ni ningún detalle sugeridor que pudiera servirnos de ayuda.  -Sí, tengo una cosa más -dijo John Openshaw. Registró en el bolsillo de su chaqueta, y, sacando un pedazo de papel azul descolorido, lo extendió encima de la mesa, agregando-: Conservo un vago recuerdo de que los estrechos márgenes que quedaron sin quemar entre las cenizas el día en que mi tío echó los documentos al fuego eran de éste mismo color. Encontré esta hoja única en el suelo de su habitación, y me inclino a creer que pudiera tratarse de uno de los documentos, que quizá se le voló de entre los otros, salvándose de ese modo de la destrucción. No creo que nos ayude mucho, fuera de que en él se habla también de las semillas. Mi opinión es que se trata de una página que pertenece a un diario secreto. La letra es indiscutiblemente de mi tío.  Holmes cambió de sitio la lámpara, y él y yo nos inclinamos sobre la hoja de papel, cuyo borde irregular demostraba que había sido, en efecto, arrancada de un libro. El encabezamiento decía  «Marzo, 1869», y debajo del mismo las siguientes enigmáticas noticias  «4. Vino Hudson. El mismo programa de siempre.  »7. Enviadas las semillas a McCauley, Paramore, y Swain, de St. Augustine.  »9. McCauley se largó.  »10. John Swain se largó.  »12. Visitado Paramore. Todo bien.»  -Gracias-dijo Holmes, doblando el documento y devolviéndoselo a nuestro visitante-. Y ahora, no pierda por nada del mundo un solo instante. No disponemos de tiempo ni siquiera para discutir lo que me ha relatado. Es preciso que vuelva usted a casa ahora, mismo, y que actúe.  -¿Y qué tengo que hacer?  -Sólo se puede hacer una cosa, y es preciso hacerla en el acto. Ponga usted esa hoja de papel dentro de la caja de metal que nos ha descrito. Meta asimismo una carta en la que les dirá, que todos los demás papeles fueron quemados por su tío, siendo éste el único que queda. Debe usted expresarlo en una forma que convenga. Después de hecho eso, colocará la caja encima del reloj de sol, de acuerdo con las indicaciones. ¿Me comprende?  -Perfectamente.  -No piense por ahora en venganzas ni en nada por ese estilo. Creo que eso lo lograremos por el intermedio de la ley; pero tenemos que tejer aún nuestra tela de araña, mientras que la de ellos está ya tejida. Lo primero en que hay que pensar es en apartar el peligro apremiante que le amenaza. Lo segundo consistirá en aclarar el misterio y castigar a los criminales.  -Le doy a usted las gracias -dijo el joven, levantándose y echándose encima el impermeable. Me ha dado usted nueva vida y esperanza. Seguiré, desde luego, su consejo.  -No pierda un solo instante. Y, sobre todo, cuídese bien entre tanto, porque yo no creo que pueda existir la menor duda de que está usted amenazado por un peligro muy real e inminente. ¿Cómo va a hacer el camino de regreso?  -Por tren, desde la estación Waterloo.  -Aún no son las nueve. Las calles estarán concurridas, y por eso confío en que no corre usted peligro. Pero, a pesar de todo, por muy en guardia que esté usted, nunca lo estará bastante.  -Voy armado.  -Bien está. Mañana me pondré yo a trabajar en su asunto.  -¿Le veré, pues, en Horsham?  -No, porque su secreto se oculta en Londres, y en Londres será donde yo lo busque.  -Entonces. yo vendré a visitarle a usted dentro de un par de días, y le traeré noticias de lo que me haya ocurrido con los papeles y la caja. Lo consultaré en todo.  Nos estrechó las manos y se retiró. El viento seguía bramando fuera, y la lluvia tamborileaba y salpicaba las ventanas. Aquel relato tan desatinado y extraño parecía habernos llegado de entre los elementos desencadenados, como si la tempestad lo hubiese arrojado sobre nosotros igual que un tallo de alga marina, y que esos mismos elementos se lo hubiesen tragado luego otra vez.  Sherlock Holmes permaneció algún tiempo en silencio, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa, se recostó en el respaldo de su asiento, y se quedó contemplando los anillos de humo azul que se perseguían los unos a los otros en su ascenso hacia el techo.  -Creo Watson -dijo, por fin, como comentario-, que no hemos tenido entre todos nuestros casos ninguno más fantástico que éste.  -Con excepción, quizá, del *Signo* *de los Cuatro.*  -Bien, sí. Con excepción, quizá, de ése. Sin embargo, creo que este John Openshaw se mueve entre peligros todavía mayores que los que rodeaban a los Sholtos.  -Pero ¿no ha formado usted ninguna hipótesis concreta sobre la naturaleza de estos peligro?  -Sobre su naturaleza no caben ya hipótesis -me contestó.  -¿Cuál es, pues? ¿Quién es este *K. K. K., y* por qué razón persigue a esta desdichada familia?  Sherlock Holmes cerró los ojos, y apoyó los codos en los brazos del sillón, juntando las yemas de los dedos de las manos.  -Al razonador ideal -comentó-debería bastarle un solo hecho, cuando lo ha visto en todas sus implicaciones, para deducir del mismo no sólo la cadena de sucesos que han conducido hasta él, sino también los resultados que habían de seguirse. De la misma manera que Cuvier sabía hacer la descripción completa de un animal con el examen de un solo hueso, de igual manera el observador que ha sabido comprender por completo uno de los eslabones de toda una serie de incidentes, debe saber explicar con exactitud todos los demás, los anteriores y los posteriores. No nos hacemos todavía una idea de los resultados que es capaz de conseguir la razón por sí sola. Podríamos resolver mediante el estudio ciertos problemas cuya solución ha desconcertado por completo a quienes la buscaron por medio de los sentidos. Sin embargo, para alcanzar en este arte la cúspide, necesitaría el razonador saber manejar todos los hechos que han llegado a conocimiento suyo. Esto implica, como fácilmente comprenderá usted, la posesión de todos los conocimientos a que muy pocos llegan, incluso en estos tiempos de libertad educativa y de enciclopedias. Sin embargo, lo que no resulta imposible es el que un hombre llegue a poseer todos los conocimientos que le han de ser probablemente útiles en su labor, esto es lo que yo me he esforzado por hacer en el caso mío. Usted, si mal no recuerdo, concretó, en los primeros días de nuestra amistad, los límites precisos de esos conocimientos míos.  -Sí -le contesté, echándome a reír-. Hice un documento curioso. En filosofía, astronomía y política le puse a usted cero, lo recuerdo. En botánica, irregular; en geología, profundo en lo que toca a manchas de barro cogidas en una zona de cincuenta millas alrededor de Londres; en química, excéntrico; en anatomía, asistemático; en literatura, sensacionalista, y en historia de crímenes, único; y además, violinista, boxeador, esgrimista, abogado y autoenvenenador por medio de la cocaína y del tabaco. Esos eran, si mal no recuerdo, los puntos más notables de mi análisis.  Holmes se sonrió al escuchar la última calificación, y dijo  -Digo ahora, como dije entonces, que toda persona debería tener en el ático de su cerebro el surtido de mobiliario que es probable que necesite, y que todo lo demás puede guardarlo en el desván de su biblioteca, donde puede echarle mano cuando tenga precisión de algo. Ahora bien: al enfrentarnos con un problema como el que nos ha sido sometido esta noche, necesitamos dominar todos nuestros recursos. Tenga usted la bondad de alcanzarme la letra *K* de esta enciclopedia norteamericana que hay en ese estante que tiene a su lado. Gracias. Estudiemos ahora la situación y veamos lo que de la misma puede deducirse. Empezaremos con la firme presunción de que el coronel Openshaw tuvo algún motivo importante para abandonar Norteamérica. Los hombres, a su edad, no cambian todas, sus costumbres, ni cambian por gusto suyo el clima encantador de Florida por la vida solitaria en una ciudad inglesa de provincias. El extraordinario apego a la soledad que demostró en Inglaterra sugiere la idea de que sentía miedo de alguien o de algo; de modo, pues, que podemos aceptar como hipótesis de trabajo la de que fue el miedo lo que le empujó fuera de Norteamérica. En cuanto a lo que él temía, sólo podemos deducirlo por el estudio de las tremendas cartas que él y sus herederos recibieron. ¿Se fijó usted en las estampillas que señalaban el punto de procedencia?  -La primera traía el de Pondicherry; la segunda, el de Dundee, y la tercera, el de Londres.  -La del este de Londres. ¿Qué saca usted en consecuencia de todo ello?  -Pues que se trata de puertos de mar, es decir, que el que escribió las cartas se hallaba a bordo de un barco.  -Muy bien. Ya tenemos, pues, una pista. No puede caber duda de que, según toda probabilidad, una fuerte probabilidad, el remitente se encontraba a bordo de un barco. Pasemos ahora a otro punto. En el caso de la carta de Pondicherry transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su cumplimiento, en el de Dundee fueron sólo tres o cuatro días. ¿Nada le indica eso?  -Que la distancia sobre la que había de viajar era mayor.  -Pero también la carta venía desde una distancia mayor.  -Pues entonces, ya no le veo la importancia a ese detalle.  -Existe, por lo menos, una probabilidad de que la embarcación a bordo de la cual está nuestro hombre, o nuestros hombres, es de vela. Parece como si hubiesen enviado siempre su extraño aviso, o prenda, cuando iban a salir para realizar su cometido. Fíjese en el poco tiempo que medió entre el hecho y la advertencia cuando ésta vino de Dundee. Si ellos hubiesen venido desde Pondicherry en un barco de vapor habrían llegado casi al mismo tiempo que su carta. Y la realidad es que transcurrieron siete semanas. Yo creo que esas siete semanas representan la diferencia entre el tiempo invertido por el vapor que trajo la carta y el barco de vela que trajo a quien la escribió.  -Es posible.  -Más que posible. Probable. Comprenderá usted ahora la urgencia mortal que existe en este caso, y por qué insistí con el joven Openshaw en que estuviese alerta. El golpe ha sido dado siempre al cumplirse el plazo de tiempo imprescindible para que los que envían la carta salven la distancia que hay desde el punto en que la envían. Pero como esta de ahora procede de Londres, no podemos contar con retraso alguno.  -¡Santo Dios! -exclamé-. ¿Qué puede querer significar esta implacable persecución?  -Los documentos que Openshaw se llevó son evidentemente de importancia vital para la. persona o personas que viajan en el velero. Yo creo que no hay lugar a duda que éstas son más de una. Un hombre aislado no habría sido capaz de realizar dos asesinatos de manera que engañase al Jurado de un juez de instrucción. Debieron de intervenir varias personas en los mismos, y, fueron hombres de inventiva y de resolución. Se proponen conseguir los documentos, sea quien sea el que los tiene en su poder. Y ahí tiene usted cómo K. K. K. dejan de ser las iniciales de un individuo y se convierten en el distintivo de una sociedad.  -Pero ¿de qué sociedad?  Sherlock Holmes echó el busto hacia adelante, y dijo bajando la voz  -¿No ha oído usted hablar nunca del Ku Klux Klan? ,  -Jamás.  Holmes fue pasando las hojas del volumen que tenía sobre sus rodillas, y dijo de pronto: .  -Aquí está: «*Ku* *Klux Klan.* Nombre que sugiere una fantástica semejanza con el ruido que se produce al levantar el gatillo de un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue formada después de la guerra civil en los estados del Sur por algunos ex combatientes de la Confederación, y se formaron rápidamente filiales de la misma en diferentes partes del país, especialmente en Tennessee, Luisiana, las dos Carolinas, Georgia y Florida. Se empleaba su fuerza con fines políticos, en especial para aterrorizar a los votantes negros y para asesinar u obligar a ausentarse del país a cuantos se oponían a su programa. Sus agresiones eran precedidas, por lo general, de un aviso enviado a la persona elegida, aviso que tomaba formas fantásticas, pero sabidas; por ejemplo: un tallito de hojas de roble, en algunas zonas, o unas semillas de melón o de naranja, en otras. Al recibir este aviso, la víctima podía optar entre abjurar públicamente de sus normas anteriores o huir de la región. Cuando se atrevía a desafiar la amenaza encontraba la muerte indefectiblemente, y, por lo general, de manera extrañó e imprevista. Era tan perfecta la organización de la sociedad y trabajaba ésta tan sistemáticamente, que apenas se registra algún caso en que alguien la desafiase con impunidad, o en que alguno de sus ataques dejase un rastro capaz de conducir al descubrimiento de quienes lo perpetraron. La organización floreció por espacio de algunos años, a pesar de los esfuerzos del Gobierno de los Estados Unidos y de las clases mejores de la comunidad en el Sur. Pero en el año mil ochocientos sesenta y nueve, ese movimiento sufrió un súbito colapso, aunque haya habido en fechas posteriores algunos estallidos esporádicos de la misma clase.»  -Fíjese -dijo Holmes, dejando el libro- en que el súbito hundimiento de la sociedad coincide con la desaparición de Openshaw de Norteamérica, llevándose los documentos. Pudiera muy bien tratarse de causa y efecto. No hay que asombrarse de que algunos de los personajes más implacables se hayan lanzado sobre la pista de aquél y de su familia. Ya comprenderá usted que el registro y el diario pueden complicar a alguno de los hombres más destacados del Sur, y que es posible que haya muchos que no duerman tranquilos durante la noche mientras no sean recuperados.  -De ese modo, la página que tuvimos a la vista...  -Es tal y como podíamos esperarlo. Decía, si mal no recuerdo: «Se enviaron las semillas a A, B y C»; es decir, se les envió la advertencia de la sociedad. Las anotaciones siguientes nos dicen que A y B se largaron, es decir, que abandonaron el país, y, por último, que se visitó a C, con consecuencias siniestras para éste, según yo me temo. Creo, doctor, que podemos proyectar un poco de luz sobre esta oscuridad, y creo también que, entre tanto, sólo hay una probabilidad favorable al joven Openshaw, y es que haga lo que yo le aconsejé. Nada más se puede decir ni hacer por esta noche, de modo que alcánceme mi violín y procuremos olvidarnos durante media hora de este lastimoso tiempo y de la conducta, más lastimosa aún, de nuestros semejantes los hombres.  A la mañana siguiente había escampado, y el sol brillaba con amortiguada luminosidad por entre el velo gris que envuelve a la gran ciudad. Cuando yo bajé, ya Holmes se estaba desayunando.  -Discúlpeme el que no le espere -me dijo-. Preveo que se me presenta un día atareadísimo en la investigación de este caso del joven Openshaw.  -¿Qué pasos va usted a dar? -le pregunté.  -Dependerá muchísimo del resultado de mis primeras averiguaciones. Es posible que, en fin de cuentas, me llegue hasta Horsham.  -¿No va usted a empezar por ir allí?  -No, empezaré por la City. Tire de la campanilla, y la doncella le traerá el café.  Para entretener la espera, cogí de encima de la mesa el periódico, que estaba aún sin desdoblar, y le eché un vistazo. La mirada mía se detuvo en unos titulares que me helaron el corazón.  -Holmes -le dije con voz firme-, llegará usted demasiado tarde.  -¡Vaya! -dijo él, dejando la taza que tenía en la mano-. Me lo estaba temiendo. ¿Cómo ha sido?  Se expresaba con tranquilidad, pero vi que la noticia le había conmovido profundamente.  -Me saltó a los ojos el apellido de Openshaw y el titular *Tragedia cerca del puente de Waterloo*. He aquí el relato: «Entre las nueve y las diez de la pasada noche, el guardia de Policía Cook, de la sección H, estando de servicio cerca del puente de Waterloo, oyó un grito de alguien que pedía socorro, y el chapaleo de un cuerpo que cae al agua. Pero como la noche era oscurísima y tormentosa, fue imposible salvar a la víctima, no obstante acudir en su ayuda varios transeúntes. Dióse, sin embargo, la alarma, y pudo ser rescatado el cadáver más tarde, con la intervención de la Policía fluvial. Resultó ser el de un joven, como se dedujo de un sobre que se le halló en el bolsillo, que se llamaba John Openshaw, que tiene su casa en Horsham. Se conjetura que debió de ir corriendo para alcanzar el tren último que sale de la estación de Waterloo, y que, en su apresuramiento y por la gran oscuridad, se salió de su camino y fue a caer al río por uno de los pequeños embarcaderos destinados a los barcos fluviales. El cadáver no mostraba señales de violencia, y no cabe duda alguna de que el muerto fue víctima de un accidente desgraciado, que debería servir para llamar la atención de las autoridades acerca del estado en que se encuentran las plataformas dé los embarcaderos de la orilla del río.»  Permanecimos callados en nuestros sitios por espacio de algunos minutos. Nunca he visto a Holmes más deprimido y conmovido que en esos momentos. Y dijo, por fin:  -Esto hiere mi orgullo, Watson. Es un sentimiento mezquino, sin duda, pero hiere mi orgullo. Este es ya un asunto mío personal y, si Dios me da salud, he de echar mano a esta cuadrilla. ¡Pensar que vino a pedirme socorro y que yo lo envié a la muerte!  Saltó de su silla y se paseó por el cuarto poseído de una excitación incontrolable, con las enjutas mejillas cubiertas de rubor, y abriendo y cerrando sus manos largas y delgadas. Por último, exclamó  -Tiene que tratarse de unos demonios astutos. ¿Cómo consiguieron desviarlo de su camino y que fuese a caer al agua? Para ir directamente a la estación no tenía que pasar por el *Embankment.* Aun en una noche semejarte, estaba, sin duda, el puente demasiado concurrido para sus propósitos. Ya veremos, Watson, quién gana a la larga. ¡Voy a salir!  -¿Va usted a la Policía?  -No; me constituiré yo mismo en policía. Cuando tenga tejida la red podrán arrestar a esos hábiles pajarracos, pero no antes.  Mis tareas profesionales me absorbieron durante todo el día, y era ya entrada la noche cuando regresé a Baker Street; Sherlock Holmes no había vuelto aún. Eran ya cerca de las diez cuando entró con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador, arrancó un trozo de la hogaza de pan y se puso a comerlo con voracidad, ayudándolo a pasar con un gran trago de agua.  -Está usted hambriento -dije yo.  -Muriéndome de hambre. Se me olvidó comer. No probé bocado desde que me desayuné.  -¿Nada?  -Ni una miga. No tuve tiempo de pensar en la comida.  -¿Tuvo éxito?  -Sí.  -¿Alguna pista?  -Los tengo en el hueco de mi mano. No tardará mucho el joven Openshaw en verse vengado. Escuche, Watson, vamos a marcarlos a ellos con su propia marca de fábrica. ¡Es cosa bien pensada!  -¿Qué quiere usted decir?  Holmes cogió del aparador una naranja, y, después de partirla, la apretó, haciendo caer las semillas encima de la mesa. Contó cinco y las metió en un sobre. En la parte interna de la patilla escribió: «S.H. para J.C.» Luego lo lacró y puso la dirección: «Capitán James Calhoun, barca *Lone Star*. Savannah, Georgia.»  -Le estará esperando cuando entre en el puerto -dijo, riéndose por lo bajo-. Quizá le quite el sueño. Será un nuncio tan seguro de su destino como lo fue antes para Openshaw:  -Y ¿quién es este capitán Calhoun?  -El jefe de la cuadrilla. También atraparé a los demás, pero quiero que sea él el primero.  -Y ¿cómo llegó usted a descubrirlo?  Sacó del bolsillo una gran hola de papel, toda cubierta de fechas y de nombres, y dijo  -Me he pasado todo el día examinando los registros del Lloyd y las colecciones de periódicos atrasados, siguiendo las andanzas de todos los barcos que tocaron en el puerto de Pondicherry durante los meses de enero y febrero del año ochenta y tres. Fueron treinta y seis embarcaciones de buen tonelaje las que figuraban en esos seis meses. La llamada *Lone Star* atrajo inmediatamente mi atención porque, aunque se señalaba a Londres como puerto de procedencia, se conoce con ese nombre de Estrella Solitaria a uno de los estados de la Unión.  -Creo que al de Tejas.  -Sobre ese punto, ni estaba ni estoy seguro; pero yo sabía que el barco tenía que ser de origen norteamericano.  -¿Y luego?  -Repasé las noticias de Dundee, y cuando descubrí que la barca *Lone Star* se encontraba allí el mes de enero del ochenta y cinco, mis sospechas se convirtieron en certeza. Luego hice investigaciones acerca de los barcos actualmente en el puerto de Londres.  -Y ¿qué?  -El *Lone Star* llegó al mismo la pasada semana. Bajé hasta el muelle Albert, y me encontré con que había sido remolcada río abajo con la marea de esta mañana, y que lleva viaje hacia su puerto de origen, en Savannah. Telegrafié a Gravesend, enterándome de que había pasado por allí algún rato antes. Como el viento sopla hacia el Este, estoy seguro de que se halla ahora más allá de los Goodwins, y no muy lejos de la isla de Wight.  -Y ¿qué va a hacer usted ahora?  -¡Oh, le he puesto ya la mano encima! El y los dos contramaestres son, según he sabido, los únicos norteamericanos nativos que hay a bordo. Los demás son finlandeses y alemanes. Me consta, asimismo, que los tres pasaron la noche en tierra. Lo supe por el estibador que ha estado estibando su cargamento. Para cuando su velero llegue a Savannah, el vapor correo habrá llevado esta carta, y el cable habrá informado a la Policía de dicho puerto de que la presencia de esos tres caballeros es urgentemente necesaria aquí para responder de una acusación de asesinato.  Sin embargo, hasta el mejor dispuesto de los proyectos humanos tiene siembre una rendija de escape, y los asesinos de John Openshaw no iban a recibir las semillas de naranja que les habría demostrado que otra persona, tan astuta y tan decidida como ellos mismos, les seguía la pista. Las tempestades equinocciales de aquel año fueron muy persistentes y violentas. Esperamos durante mucho tiempo noticias de Savannah del *Lone Star*, pero no nos llegó ninguna. Finalmente, nos enteramos de que allá, en pleno Atlántico, había sido visto flotando en el seno de una ola el destrozado codaste de una lancha y que llevaba grabadas las letras L. S. Y eso es todo lo que podremos saber ya acerca del final que tuvo el *Lone Star*. |

El tratado naval  
[Cuento. Texto completo]  
  
Arthur Conan Doyle

|  |
| --- |
| El primer mes de julio después de mi matrimonio se hizo memorable por tres casos interesantes en los que yo tuve la suerte de estar asociado con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro registrados en mis notas bajo los encabezamientos de La aventura de la segunda mancha, La aventura del Tratado naval y La aventura del capitán cansado. Pero el primero de estos casos se refiere a intereses de tan gran categoría, e implica en sí a tantas de las familias más distinguidas del reino, que será imposible hacerlo público durante muchos años. Sin embargo, ningún otro de los casos de que se ocupó Holmes sirvió tanto como ése para ilustrar el valor de sus métodos analíticos, ni ha causado impresión tan profunda en quienes estuvieron relacionados con dicho señor. Conservo todavía un relato casi verbal de la entrevista en que Holmes demostró los hechos auténticos de ese caso a monsieur Dubuque, de la Policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el afamado especialista de Dantzig, personajes ambos que habían malgastado sus energías persiguiendo soluciones que resultaron accesorias. Sin embargo, para cuando pueda relatarse sin peligro esa historia habrá llegado ya el nuevo siglo. Mientras tanto, voy a pasar al caso segundo de mi lista, que en un momento dado prometió también adquirir importancia nacional, y que fue señalado por varios incidentes que le dan un carácter completamente único.  En mis años escolares estuve yo íntimamente relacionado con un muchacho que se llamaba Percy Phelps, que tenía, más o menos, mi edad, aunque iba dos clases más adelantado que yo. Era un joven muy despejado, y se llevaba cuantos premios ofrecía la escuela, acabando sus hazañas con la conquista de una beca, que le envió a proseguir su triunfal carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba extraordinariamente bien emparentado, e incluso cuando éramos todos unos muchachitos sabíamos que el hermano de su madre era lord Holdhurst, el gran político conservador. Tan vistoso parentesco le benefició poco en la escuela; al contrario, nosotros encontrábamos un placer especial en mortificarle en el campo de juego y en darle con un wicket en las espinillas. Pero cuando entró en el mundo la cosa varió. Me enteré confusamente de que su talento y su influencia le habían valido un buen cargo en el Foreign Office, y desde entonces ya no volví a pensar en él hasta que la siguiente carta me recordó su existencia  «Briarbrae, Woking.  »Mi querido Watson: No dudo de que te acordarás del renacuajo Phelps, que estudiaba el quinto cuando tú estabas en el tercero. Es, incluso, posible que te hayas enterado de que, gracias a la influencia de mi tío, logré un buen cargo en el Foreign Office, y que ocupaba un puesto de confianza y de honor hasta que una horrenda desgracia agostó súbitamente mi carrera.  »De nada sirve dar detalles por escrito del espantoso suceso. Es probable que, si accedes a mi solicitud, tenga que relatártelo. Acabo justamente de recobrarme después de nueve semanas de fiebre cerebral, y me encuentro extraordinariamente débil. ¿Crees que te seria posible venir a visitarme trayendo en tu compañía a tu amigo el señor Holmes? Me gustaría escuchar su opinión acerca de mi caso, aunque las personas de autoridad me aseguran que ya no es posible hacer nada más. Esfuérzate por traerlo en tu compañía lo antes posible. Cada minuto que pasa se me antoja una hora mientras vivo en esta horrenda incertidumbre.  Asegúrale que si no he solicitado antes su consejo, no ha sido porque no apreciase su talento, sino porque no he andado bien de la cabeza desde que cayó el golpe sobre mí. Pero ya me encuentro otra vez sereno, aunque no me atrevo a pensar demasiado en el asunto por miedo a una recaída. Me encuentro tan débil, que, como verás, tengo que dictar mi carta. Procura conseguir el traerlo contigo.  »Tu viejo compañero de escuela,  Percy Phelps.»  Hubo algo que me conmovió en la lectura de esta carta, algo que excitaba la compasión en las reiteradas peticiones de que llevase conmigo a Holmes. Tan conmovido estaba yo, que lo habría intentado, aunque se tratase de una empresa difícil; pero, como es natural, yo sabía perfectamente que Holmes estaba tan encariñado con su profesión, que siempre se encontraba tan dispuesto a llevar su ayuda como su cliente pudiera encontrarse dispuesto a recibirla. Mi esposa estuvo de acuerdo conmigo en que no podía perderse un instante en plantear a Holmes el asunto; por eso, antes de que transcurriese una hora desde el desayuno, me encontré una vez más de regreso en mis viejas habitaciones de Baker Street.  Estaba Holmes sentado a su mesa lateral, vestido con su batín y entregado de lleno a una investigación química Una retorta grande, encorvada, hervía furiosamente a la azulada llama de un calentador Bunsen, y las gotas destiladas iban cayendo en una medida de dos litros. Apenas si mi amigo levantó la vista cuando yo entré, y yo, dándome cuenta de que su investigación era, sin duda, importante, me senté en un sillón y esperé. Holmes metía su probeta de cristal tan pronto en una botella como en otra, sacando algunas gotas de cada una y, por último, colocó encima de la mesa un tubo de ensayo que contenía una solución. Tenía en su mano derecha una tira de papel tornasolado.  -Llega usted en el momento de la crisis, Watson -me dijo-. Si este papel permanece azul, todo va bien. Si se vuelve encarnado, eso equivale a la vida de un hombre.  Metió el papel dentro del tubo de ensayos, y en el acto se revistió de un color granate, apagado y sucio.  -¡Ejem! ¡Me lo imaginaba! -exclamó-. Estaré a sus órdenes dentro de un instante, Watson. Encontrará usted el tabaco dentro de la zapatilla persa.  Se dirigió a su mesa de escritorio y garrapateó varios telegramas, que luego entregó al botones. Acto continuo se dejó caer en el sillón que había enfrente del mío, y levantó sus rodillas hasta que los dedos de sus manos se cerraron alrededor de sus largas y delgadas espinillas.  -Un pequeño asesinato de tipo muy vulgar -dijo-. Me imagino que usted me trae algo mejor. Es usted, Watson, el ave de las tormentas. ¿De qué se trata?  Le entregué la carta, que él leyó con toda su atención reconcentrada.  -No nos dice gran cosa, ¿verdad? -comentó, al devolvérmela.  -Nada apenas.  -Sin embargo, la letra es interesante.  -Pero la letra no es la suya.  -Precisamente. Es letra de mujer.  -Es de un hombre, no es posible negarlo -exclamé yo.  -No, es letra de mujer, y de una mujer de extraordinario carácter. Comprenda usted que en los comienzos de una investigación tiene alguna importancia el saber que el cliente se halla en estrecho contacto con alguien de índole excepcional, para el mal o para el bien. Este caso ha despertado ya mi interés. Si usted está listo, nos pondremos al instante en camino para Woking, y visitaremos a este diplomático que se encuentra en tan mala situación y a la señora a quien el dicta sus cartas.  Tuvimos la buena suerte de alcanzar uno de los primeros trenes que salían de Waterloo, y en algo menos de una hora nos encontramos entre los bosques de abetos y los brezales de Woking. Briarbrae resultó ser una gran casa aislada que se levantaba en el interior de un extenso parque, a pocos minutos de camino de la estación. Al pasar nuestras tarjetas, nos introdujeron en una sala elegantemente dispuesta, donde vino a reunírsenos, algunos minutos después, un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Andaría más cerca de los cuarenta que de los treinta años, pero sus mejillas eran tan coloradas y sus ojos tan alegres, que daba todavía la impresión de un muchacho regordete y pícaro.  -Me alegro de que hayan venido -nos dijo, estrechando nuestras manos efusivamente-. Percy no ha dejado en toda la mañana de preguntar por ustedes. Pobre muchacho, que se aferra aunque sea a una paja.  Su padre y su madre me rogaron que me entrevistase con ustedes, porque la simple mención del asunto les resulta dolorosa.  -Hasta ahora no se nos han dado detalles -hizo notar Holmes- Por lo que veó, usted no es un miembro de la familia  Nuestro nuevo conocido pareció sorprenderse, y luego, bajando la vista, empezó a reírse.  -Naturalmente, usted vio el monograma J. H. en mi medallón -dijo-. Creí de momento que el haberlo adivinado era un golpe de efecto suyo. Me llamo Josep Harrison y, como Percy se va a casar con mi hermana, emparentaré con ellos por lo menos políticamente. Encontrará usted a mi hermana en la habitación de Percy, porque lleva dos meses cuidándolo en todo. Quizá sea lo mejor que vayamos allí en seguida, porque yo sé todo lo impaciente que está.  La habitación donde nos llevaron se hallaba situada en la misma planta que la sala. Hallábase amueblada, en parte, como cuarto de estar, y en parte, como dormitorio, y había flores delicadamente colocadas en todos los ángulos y rincones. Sobre un sofá, próximo a la ventana abierta, estaba tendido un hombre joven, muy pálido y demacrado; entraban por ésta los ricos perfumes del jardín y el aire veraniego embalsamado. Al lado del joven se hallaba sentada una mujer, que se puso en pie al vernos entrar, diciendo:  -¿Debo retirarme, Percy?  El la agarró de la mano para que no lo hiciese.  -¿Cómo estás, Watson? -dijo con mucha cordialidad-. No te habría reconocido jamás con ese bigote, y creo que tú tampoco habrías jurado que yo soy aquél. Supongo que este caballero es tu célebre amigo el señor Sherlock Holmes, ¿verdad?  Hice la presentación en breves palabras, y ambos tomamos asiento. El individuo robusto nos había dejado, pero su hermana se quedó, con su mano en la del inválido. Era mujer de aspecto llamativo, demasiado baja y gruesa para ser simétrica, pero con un hermoso cutis aceitunado, ojazos negros de italiana y un tesoro de cabellos negrísimos. La pálida cara de su acompañante resultaba más cansada y macilenta por contraste con las ricas tonalidades de ella.  -No les haré perder el tiempo -dijo, incorporándose en su sofá-. Me zambulliré en el tema sin preámbulos.  Yo, señor Holmes, era un hombre feliz y al que acompañaba el éxito, estando en vísperas de contraer matrimonio, cuando una terrible desgracia hizo zozobrar todas las perspectivas de mi vida. Estaba, como ya Watson le habrá informado, en el Foreing Office, y gracias a la influencia de mi tío, lord Holdhurst, alcancé rápidamente un cargo de responsabilidad. Cuando mi tío desempeñó el cargo de ministro del Exterior de este Gobierno, me encargó de varias misiones de confianza, que siempre llevé a cabo felizmente, debido a lo cual, llegó a tener la máxima fe en mi habilidad y en mi tacto. Hará diez semanas (para ser más exacto, el veintitrés de mayo) me llamó a su despacho particular, y, después de felicitarme por lo bien que había trabajado, me comunicó que me tenía reservada otra misión de confianza que yo debería llevar a cabo. «Este -me dijo, mostrándome un rollo gris de papel que tomó de su escritorio- es el original del Tratado secreto entre Italia e Inglaterra, acerca del cual, lamento decirlo, han circulado ya algunos rumores en los periódicos. Es de enorme importancia que no se filtre ningún otro dato. Las embajadas de Francia y de Rusia pagarían sumas enormes por conocer el contenido de estos documentos. No saldrían de mi despacho si no fuera absolutamente indispensable sacar copias de los mismos. ¿Tienes una mesa escritorio propia en tu oficina?» «Sí, señor.» «Pues entonces, hazte cargo del Tratado y ciérralo en ella con llave. Yo daré instrucciones para que puedas quedarte después que los demás se retiren, a fin de que tengas ocasión de copiarlo con comodidad, sin miedo a que nadie mire lo que estás haciendo. Cuando hayas terminado, cierra otra vez con llave el original y la copia, y entrégamelos mañana por la mañana personalmente.» Me hice cargo de los documentos y...  -Perdone un instante -dijo Holmes-. ¿Estaban ustedes solos durante esta conversación?  -Absolutamente solos.  -¿Es una habitación espaciosa?  -Treinta pies por treinta.  -¿En el centro de la misma?  -Sí, poco más o menos.  -¿Y hablaban en voz baja?  -La voz de mi tío ha sido siempre notablemente baja- Yo apenas hablé.  -Gracias -dijo Holmes, cerrando los ojos-. Prosiga, por favor.  -Hice exactamente lo que él me había indicado, y esperé a que los demás escribientes se marchasen. Uno de los que trabajaban en mi misma oficina, Charles Gorot, tenía algunos trabajos retrasados que poner al día; lo dejé, pues, haciéndolos y me marché a comer. Cuando regresé, ya él se había marchado. Yo tenía prisa en hacer mi trabajo porque sabía que Joseph, el señor Hamson, con el que acaban ustedes de hablar, estaba en Londres y que vendría a Woking con el tren de las once. Yo quería, si era posible, alcanzar ese tren. Cuando me puse a leer el Tratado, comprendí en seguida que mi tío no se había hecho culpable de exageración en lo que me había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que en él se definía la posición de la Gran Bretaña hacia la Triple Alianza, previéndose la actitud que nuestro país adoptaría en el caso de que la flota francesa adquiriese una superioridad completa sobre la de Italia en el Mediterráneo. Las cuestiones en ella tratadas eran puramente navales. Al pie del documento estaban las firmas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Eché un vistazo a todo y me puse a la tarea de copiar. Era un documento largo, escrito en francés y que abarcaba veintiséis artículos distintos. Lo copié todo lo rápidamente que pude, pero a las nueve de la noche sólo llevaba hechos nueve artículos, y parecía inútil que pensase en alcanzar mi tren. Me sentía amodorrado y atontado, en parte, por efecto de la comida, y en parte, por efecto de un largo día de trabajo. Una taza de café me aclararía el cerebro. Durante toda la noche permanece de guardia un ordenanza en una casilla que hay al pie de la escalera, y suele preparar el café en su lámpara de alcohol para los funcionarios que estén trabajando horas extraordinarias. Tiré, pues, de la campanilla, para que acudiese. Con gran sorpresa mía, la que acudió fue una mujer grandota, de cara ordinaria y entrada en años, vestida con un delantal. Me dijo que era la mujer del ordenanza, que hacía los trabajos de limpieza, y yo le encargué el café.  Copié otros artículos y, sintiéndome más soñoliento que nunca, me levanté y me paseé por la habitación para estirar las piernas. Mi café no había llegado todavía y yo empecé a preguntarme a qué obedecería aquel retraso. Abrí la puerta, y me lancé pasillo adelante para averiguarlo. De la habitación en que yo había estado trabajando arrancaba un pasillo débilmente iluminado, sin que tuviese ésta otra salida El pasillo desemboca en una escalera en curva, y la casilla del ordenanza está en el corredor que hay al pie de la escalera. A mitad de la escalera hay un rellano, en el que desemboca otro pasillo, formando ángulo recto. Este segundo pasillo conduce, por otra pequeña escalera, a una puerta lateral destinada a la servidumbre, y de la que se sirven también como de atajo los empleados que vienen de Charles Street. Aquí tiene un esbozo tosco del lugar.  -Gracias. Creo que voy siguiéndole perfectamente-dijo Sherlock Holmes.  -Es de la máxima importancia que usted repare en este detalle. Descendí por la escalera al vestíbulo encontrándome al ordenanza completamente dormido en su casilla, mientras el agua de la cafetera hervía furiosamente encima de la lámpara de alcohol, hasta el punto de verterse por el suelo. Alargué mi mano, y estaba a punto de zarandear al hombre, que dormía profundamente, cuando resonó con fuerza encima de su cabeza una campanilla, y él se despertó sobresaltado. «iSeñor Phelps, señori», exclamó, mirándome con asombro. «Bajé para ver si está listo mi café.» «Había puesto la cafetera a hervir y me quedé dormido, señor.» Me miró a mí, y miró luego a la campanilla que vibraba aún, y el asombro fue haciéndose cada vez mayor en su rostro, hasta que preguntó: «Pero, señor, si usted está aquí, ¿quién ha tocado la campanilla?» «¡La campanilla! ¿Qué campanilla es ésa?», le dije yo. «La de la habitación en que usted estaba trabajando.» Sentí como si una mano helada me apretase el corazón. Alguien estaba en la habitación en la que yo había dejado sobre la mesa el precioso documento. Eché a correr como loco escaleras arriba y por el pasillo adelante. No había nadie en el corredor, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal y cual yo lo había dejado, salvo que los documentos que me habían sido confiados habían desaparecido de la mesa en que estaban. La copia seguía allí, pero el original se lo habían llevado.  Holmes se irguió en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que aquel problema era de los que a él le gustaban.  -Vamos a ver, ¿y qué hizo usted entonces? -murmuró.  -Comprendí en el acto que el ladrón tenía que haber subido por la escalera de la puerta lateral. De haber subido por el otro camino, yo habría tenido que tropezarme con él.  -¿Está usted bien seguro de que no pudo durante todo ese tiempo estar escondido en la misma habitación o en el pasillo que, según usted lo ha descrito, se hallaba débilmente alumbrado?  -Ambas cosas son absolutamente imposibles. Ni siquiera una rata podía esconderse en el cuarto o en el pasillo. No existe escondite alguno.  -Gracias. Siga usted.  -El ordenanza, adivinando por mi palidez que algo había que temer, me siguió escaleras arriba. En seguida salimos ambos corriendo por el pasillo y bajamos por la empinada escalera que conduce a Charles Street. La puerta que hay al pie estaba cerrada, pero sin echar la llave. La abrimos de par en par y nos lanzamos fuera. Recuerdo con toda claridad que, en el momento de abrirla, sonaron tres campanadas en una iglesia de la vecindad. Eran las diez menos cuarto.  -Eso tiene una importancia enorme -dijo Holmes, haciendo una anotación en el puño de su camisa  -La noche era muy oscura, y caía una llovizna tibia No se veía a nadie por Charles Street, aunque, allá en su extremidad, por Whitehall, el movimiento era, como siempre, muy grande. Tal como estábamos, con las cabezas descubiertas, echamos a correr, por la acera adelante, hasta el final de la calle, donde tropezamos con un guardia que estaba allí en pie. «Se ha cometido un robo -le dije jadeante-. Ha sido robado del Foreing Office un documento de inmenso valor. ¿Ha pasado alguien por aquí?» -Llevo sin moverme un cuarto de hora, señor -me contestó-. En todo ese tiempo sólo ha pasado una persona, una mujer alta y ya de edad, con un chal de Paisley.» «¡Esa no es otra que mi mujer! -exclamó el ordenanza-. ¿No ha pasado nadie más?» «Nadie.» «Pues entonces el ladrón debió de tomar la otra dirección», gritó el ordenanza, tirándome de la manga. Pero yo no quedé convencido, y los esfuerzos que él hacía para apartarme de allí no hicieron otra cosa que aumentar mis sospechas. «¿Hacia dónde tiró la mujer?», dije yo, excitado. «Lo ignoro, señor. La vi pasar, pero no tenía motivos especiales para fijarme en ella Parecía llevar prisa.» «Cuánto hace de eso? .» «Hará pocos minutos.» «¿Menos de cinco?» «Eso es, más de cinco no hará.» «Señor, está usted perdiendo el tiempo, y cada minuto es ahora de importancia -exclamó el ordenanza-. Hágame caso, porque mi mujer nada tiene que ver en el asunto; vámonos al otro lado de la calle. Si usted no quiere venir, iré yo.» Y echó a correr en la otra dirección. Pero yo corrí tras, él inmediatamente y le sujeté la manga, preguntándole: «dónde vive usted?» «En Ivy Lane, número dieciséis, Brixton -me contestó-; pero no se deje usted arrastrar por una pista falsa, señor Phelps. Vamos al otro lado de la calle y veamos si nos enteramos de algo.» Nada se perdía siguiendo su consejo. Nosotros dos y el guardia corrimos hacia el otro extremo, pero sólo descubrimos una calle de gran movimiento, con mucha gente que iba y venía, pero todos anhelando llegar a un lugar de refugio en una noche tan húmeda No había por allí ningún ocioso que pudiera informarnos de las personas que habían pasado. Regresamos después al Ministerio, registrando las escaleras y el pasillo sin resultado alguno. El que conduce hasta las oficinas está alfombrado con una especie de linóleo cremoso, en el que se señalan con gran facilidad las pisadas. Lo revisamos cuidadosamente, sin encontrar ninguna huella.  -¿No había estado lloviendo toda la noche?  -Desde las siete, más o menos.  -¿Cómo pudo ser, pues, que la mujer que entró en la oficina a eso de las nueve no dejase las huellas de sus botas embarradas?  -Me alegro de que haya suscitado usted ese punto. También a mí se me ocurrió en aquel instante. Las asistentas acostumbran quitarse las botas en la casilla del ordenanza, y se calzan allí zapatillas.  -Eso está muy claro. No había, pues, huellas, aunque la noche era lluviosa, ¿no es cierto? Desde luego, la cadena de los hechos resulta de extraordinario interés. ¿Y qué hizo usted acto continuo?  -Examinamos también mi oficina. No hay en ella posibilidad de que exista una puerta secreta, y las ventanas están a sus buenos treinta pies de altura del suelo. Las dos estaban, además, cerradas por dentro. La alfombra elimina, así mismo, toda suposición de un escotillón, y el techo es de los corrientes, enjalbegados.  Yo me jugaría la vida a que quien robó mis papeles sólo pudo entrar por la puerta del despacho.  -¿.Y qué me dice usted de la chimenea?  -No la hay. Nos servimos de una estufa El llamador de la campanilla cuelga de su alambre a la derecha misma de mi mesa escritorio. El que llamó, fuese quien fuese, tuvo que llegarse hasta mi escritorio para hacerlo. Pero ¿cómo se le ocurrió al criminal tirar del llamador de la campanilla? Es un misterio de lo más insoluble.  -Desde luego, ese incidente se sale de lo vulgar. ¿Qué otros pasos dio usted? Me imagino que si examinó la oficina lo haría en busca de las huellas que hubiera podido dejar el ladrón: una colilla, por ejemplo; un guante, una horquilla o cualquier otra menudencia, ¿no es así?  -No encontramos nada de eso.  -¿Ni olía a nada?  -No caímos en ese detalle.  -Pues nos habría servido muchísimo en esta investigación el humillo del tabaco.  -Como yo no fumo nunca, creo que si hubiese olido a tabaco lo habría advertido. No había allí rastro de ninguna clase. La única realidad tangible era que la mujer del ordenanza, cuyo apellido es señora Tangey, se había ausentado con prisas de allí. Su marido no pudo dar otra explicación sino la de que era, más o menos, la hora en que su mujer se marchaba siempre a casa. El guardia y yo convinimos en que el plan mejor consistía en detener a la mujer antes que pudiera desembarazarse de los documentos, dando por supuesto que era ella quien había de tenerlos. Entonces había llegado ya la alarma a Scotland Yard, y el detective Forbes vino inmediatamente y tomó en sus manos el caso con gran actividad. Alquilamos un coche y antes de media hora nos encontrábamos en la dirección que se nos había dado. Nos abrió la puerta una mujer joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. No había regresado su madre todavía, y nos pasó a la habitación delantera a fin de que la esperásemos. Unos diez minutos más tarde llamaron a la puerta, y fue entonces cuando yo cometí la única equivocación seria que me echo en cara. En lugar de abrir la puerta nosotros mismos, dejamos que la abriera la joven. Le oímos que decía «Madre, hay dos hombres dentro, esperándola», y acto seguido oímos un pataleo de pies que huían hacia el fondo del pasillo. Forbes abrió de golpe la puerta, y ambos corrimos hacia el cuarto posterior, es decir, la cocina; pero la mujer había llegado antes. Nos miró con ojos desafiadores, pero de pronto me reconoció, y puso cara de absoluto asombro.  «¡Pero si es el señor Phelps, de la oficina!», exclamó. «¿Y quién creyó que éramos cuando huyó?», le preguntó mi acompañante. «Pensé que eran los agentes de embargo -contestó-. Hemos tenido algunas dificultades con un comerciante.»  «Esa no es explicación suficiente -contestó Forbes-. Tenemos razones para creer que ha sustraído usted un documento importante del Foreing Office, y que si usted corrió fue para desembarazarse del mismo. Tiene usted que venir con nosotros a Scotland Yard para que la registren.» Fue en vano que ella protestase y se resistiese. Se hizo venir un coche de alquiler de cuatro ruedas, y los tres volvimos en el mismo. Habíamos antes registrado la cocina y, especialmente, el hogar de la misma, por si se había desprendido de los papeles mientras estuvo sola. No había, sin embargo, rastros de cenizas ni de pedazos Una vez llegados a Scotland Yard, fue puesta inmediatamente en manos de la matrona. Esperé con intranquilidad angustiosa a que ésta volviese con el informe. No había rastro alguno de los documentos Entonces se me representó por vez primera y con toda su fuerza lo horrible de mi situación. Hasta ese momento había estado actuando y la acción había entorpecido el pensamiento. Era tal mi confianza en recuperar el Tratado, que ni siquiera me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ya nada quedaba por hacer, y tuve ocasión de darme cuenta de cuál era la situación en que me encontraba. ¡Era horrible! Watson, que está aquí presente, podrá decirle que en la escuela era yo un muchacho nervioso y sensible. Tal es mi condición. Pensé en mi tío y en sus colegas de Gabinete, en la vergüenza que yo le había acarreado a el y a todos mis parientes.  ¿Qué importa que hubiese sido yo víctima de un accidente extraordinario? Cuando los intereses diplomáticos están en juego, de nada sirve alegar accidentes. Estaba arruinado: vergonzosa e irremediablemente arruinado. No sé lo que hice. Supongo que daría un espectáculo.  Conservo un confuso recuerdo de un grupo de funcionarios que me rodeaba intentando consolarme. Uno de ellos vino en coche conmigo hasta la estación de Waterloo y me metió en el tren para Woking. Creo que hubiera venido acompañándome hasta mi casa, de no haber sido porque el doctor Ferrier, que vive cerca, venía con el mismo tren. El doctor se hizo cargo de mí bondadosamente, y fue una suerte, porque me dio un ataque en la estación, y cuando llegamos a mi casa era yo en realidad un loco furioso. Puede usted imaginarse lo que en ésta ocurriría cuando la llamada del doctor a la puerta hizo que todos se levantaran de la cama encontrándome en semejante estado. Mi pobre Annie, aquí presente, y mi madre quedaron desconsoladas. El doctor Ferrier había oído lo suficiente de boca del detective en la estación para poder dar una idea de lo que había ocurrido, y lo que él contó no contribuyó a mejorar las cosas. Todos comprendieron que yo tenía enfermedad para mucho tiempo. Por eso convirtieron este dormitorio alegre, que ocupaba Joseph, en cuarto de enfermo para mí, instalándole a él en otro. Y aquí he permanecido, señor Holmes, por espacio de más de nueve semanas, inconsciente y delirando de fiebre cerebral. De no haber sido por la señorita Harrison, aquí presente, y por los cuidados del médico, no estaría hablando con ustedes ahora. Ella me ha atendido día a día, y una enfermera de profesión me atendía durante la noche, porque en mis ataques de locura habría sido yo capaz de cualquier cosa. Mi razón se ha ido aclarando poco a poco, pero hasta estos últimos tres días no he recobrado por completo la memoria. A veces desearía que la hubiese perdido definitivamente. Lo primero que hice fue telegrafiar al señor Forbes, que tiene el caso en sus manos. El vino aquí y me aseguró que, a pesar de que se había hecho todo lo que era posible hacer, no se había encontrado ni asomo de pista alguna. Se había sometido al ordenanza y a su esposa a toda clase de interrogatorios, sin que se hubiese hecho la menor luz en el asunto. Las sospechas de la Policía recayeron en Gorot, al que, como usted quizá recuerde, trabajó aquella noche horas extraordinarias en la oficina A decir verdad, sólo dos puntos podían sugerir alguna sospecha sobre él: el haberse quedado después de la hora y su apellido francés: pero, a decir verdad, yo no empecé mi trabajo hasta después que él se marchó, y, por otra parte, viene él de familia hugonote, pero es tan inglés por sus simpatías y tradiciones como podemos serlo usted y yo. Nada se descubrió que pudiera complicarlo de una manera u otra, y el asunto no pasó adelante. Recurro a usted, señor Holmes, como a mi última esperanza. Si usted me fracasa, puedo dar por perdidos para siempre mi honor y mi cargo.  El inválido se dejó caer sobre los almohadones, fatigado por aquella larga narración, y su enfermera le sirvió una copa de una preparación estimulante. Holmes permanecía callado, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en actitud que quien no le conociese habría juzgado de indiferencia, pero que a mí me constaba que era señal de la más intensa concentración mental.  -Su exposición ha sido tan expresiva -dijo por último-, que me ha dejado realmente pocas preguntas por hacer. Hay, sin embargo, una de la mayor importancia.. ¿Dijo usted a alguna persona que tenía que quedarse a realizar esa tarea?  -A nadie.  -¿Ni siquiera a la señorita Harrison, por ejemplo?  -No. Entre la orden de realizar esa tarea y su ejecución, yo no regresé a Woking.  -¿Y no estuvo ninguno de sus familiares a visitarlo?  -Ninguno.  -¿Conocía alguno de ellos por dónde se iba hasta su despacho?  -¡Oh, sí!; a todos ellos se les había enseñado.  -Pero bueno, estas preguntas no vienen a cuento, ya que nada les había dicho usted acerca del Tratado.  -Nada les hablé.  -¿Tiene usted algunos informes acerca del ordenanza?  -Nada, fuera de que se trata de un veterano.  -En qué regimiento sirvió?  -Lo he oído decir alguna vez, ¡ah, sí!, en los Coldstream Guards.  -Gracias. Estoy seguro de que Forbes me dará más detalles. Los funcionarios de Policía actúan de un modo excelente en reunir datos, aunque no siempre saben emplearlos ventajosamente. ¡Qué cosa más encantadora es la rosa!  Holmes pasó por delante del sofá para abrir la ventana, y colgó en las manos el tallo colgante de una rosa musgueña, poniéndose a contemplar la delicada combinación del granate y el verde. Fue aquélla una novedad en su manera de ser, porque hasta entonces no le había visto nunca interesarse por los productos de la Naturaleza.  -No hay nada en que sea tan indispensable la lógica como en la religión -dijo apoyando su espalda en los postigos de la ventana-. El buen razonador puede construirla igual que una ciencia exacta. A mí me parece que nuestra certidumbre suprema de la bondad de la Providencia está en las flores. Todas las demás cosas: nuestras facultades, nuestras ansias, nuestro alimento, son, en realidad, necesarios para nuestra existencia en primera instancia. Pero esta rosa constituye un extra Su aroma y su color son un embellecimiento de la vida, no condición indispensable de ella. Únicamente la bondad da más de lo obligado, y por eso digo que de las flores podemos derivar grandes esperanzas.  Percy Phelps y su enfermera miraban a Holmes durante este razonamiento con sorpresa y con mucha desilusión pintada en sus rostros. Holmes había quedado sumido en ensoñaciones, con la rosa entre sus dedos. Transcurrieron así varios minutos, hasta que la joven las cortó diciendo:  -¿Ve usted algunas probabilidades de aclarar este misterio, señor Holmes? -preguntó con un punto de esperanza en su voz.  -¡Oh, el misterio!-exclamó Holmes volviendo con un respingo a las realidades de la vida-. Bien, sería absurdo negar que el caso es abstruso y complicado, pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y les comunicaré los extremos que pudieran llamarme la atención.  -¿Ve usted alguna pista?  -Usted me ha proporcionado siete: pero, como es natural, necesito ponerlas a prueba antes de que pueda dictaminar sobre su valor.  -¿Sospecha usted de alguien?  -Sospecho de mí mismo...  -¿Qué dice?  -Por haber llegado con demasiada rapidez a establecer conclusiones.  -Pues entonces váyase a Londres y póngalas a prueba  -Ese es un consejo excelente, señorita Harrison -dijo Holmes levantándose-. Creo que nada mejor podemos hacer, Watson. Señor Phelps, no se abandone a falsas esperanzas. El asunto está muy embrollado.  -Estaré febril hasta volver a verlo a usted -exclamó el diplomático.  -Bien, vendré mañana con el mismo tren de hoy, aunque es muy verosímil que mi informe sea negativo.  -¡Que Dios le bendiga por esa promesa de venir! -dijo nuestro cliente-. El saber que se está haciendo algo me da nueva vida. A propósito, he recibido carta de lord Holdhurst.  -¡Ah, sí! ¿Y qué le dice?  -Me escribe con frialdad, pero no con aspereza. Quizá se ha abstenido de hacerlo pensando en mi enfermedad. Repite que el asunto es de máxima importancia, y agrega que no se tomará ninguna medida acerca de mi porvenir, con lo que alude, claro está, a mi despido, hasta que recobre la salud y haya tenido una oportunidad de reparar mi desgracia.  -Bueno, con ello se muestra razonable y considerado -dijo Holmes-. Vamos, Watson, que nos espera en Londres un buen día de trabajo.  El señor Joseph Harrison nos condujo en coche a la estación, y no tardamos en rodar hacia Londres en un tren de Portsmouth. Holmes marchaba sumido en profundos pensamientos y apenas si abrió la boca hasta después que pasamos el empalme de Clapham.  -Da gusto venir hacia Londres en una de estas líneas de alto nivel, que le permiten a uno mirar hacia abajo a las casas.  Creí que bromeaba, porque el panorama era bastante sórdido, pero no tardó en explicarse.  -Fíjese en esos grupos, aislados y voluminosos, de edificios que se alzan por encima de los tejados de pizarra, como islas de ladrillo en un mar color plomizo.  -Son los internados.  -¡Son faros, muchacho! ¡Lumbreras del futuro! Cápsulas que tienen dentro centenares de semillitas brillantes, de las que brotarán la Inglaterra más sabia y mejor del porvenir. Supongo, Watson, que este señor Phelps no será un bebedor.  -No lo creo.  -Ni yo tampoco. Pero nos es preciso calcular con todas las posibilidades. El pobre se ve metido, desde luego, en aguas muy profundas, y la cuestión estriba en que podamos sacarlo a la orilla ¿Qué le pareció la señorita Harrison?  -Una joven de mucho carácter.  -Sí, pero de la clase de las buenas, si no me equivoco. Ella y su hermano son hijos únicos de alguno de los magnates del hierro de allá, por Northumberland. Phelps quedó comprometido con ella durante un viaje que hizo el invierno pasado. Ella vino para que la conociesen los padres de él, y se trajo de acompañante a su hermano. En esto se produjo la catástrofe, y ella siguió en la casa para cuidar de su novio; su hermano Joseph, que se encontraba muy a gusto, se quedó también. Ya ve usted que he realizado algunas investigaciones por mi cuenta Pero el día de hoy tiene que estar dedicado a la investigación.  -Mi clientela... -empecé a decir, pero Holmes me interrumpió con alguna aspereza.  -Bueno, si a usted le parecen sus casos más interesantes que los míos...  -Lo que iba a decir es que mi clientela puede pasarse perfectamente sin mí un par de días, puesto que es la época de menos movimiento del año.  -Magnífico -me dijo, recobrando su buen humor-. Pues entonces investigaremos juntos este asunto. Creo que deberíamos empezar por visitar a Forbes. Es probable que nos proporcione todos los detalles que necesitamos hasta que hayamos decidido desde qué punto debemos abordar el problema.  -Dijo usted que tenía una pista.  -La verdad es que tenemos varias, pero únicamente realizando nuevas investigaciones podemos calibrarlas.  El crimen más difícil de rastrear es el que carece de móviles. Pero este de ahora no carece de ellos. ¿Quién se beneficia con él? Tenemos, de un lado, al embajador de Francia; del otro, al de Rusia; de otro, a quienquiera que pudiera vendérselo a uno de los dos, y tenemos a lord Holdhurst.  -¡Lord Holdhurst!  -Le diré. Es perfectamente concebible que un estadista llegue a encontrarse en una situación en que no le desagrade que sea destruido casualmente un documento de esa clase.  -Pero no un estadista del honroso pasado de lord Holdhurst.  -Siempre sería una posibilidad, y no podemos permitirnos el pasarla por alto. Mientras tanto, he puesto ya en marcha ciertas investigaciones.  -¿Ya?  -Sí, desde la estación de Woking envié telegramas a todos los periódicos de la tarde de Londres.  Aparecerá en ellos este anuncio.  Me alargó una hoja arrancada de un cuaderno de notas; en ella estaba garrapateado con lápiz  «Diez libras de recompensa-. Por el número del coche de alquiler que dejó un viajero en o cerca de la puerta del Foreign Office en Charles Street a las diez menos cuarto de la noche del 23 de mayo. Dirigirse 22 B, Baker Street.»  -¿De modo que usted opina que el ladrón llegó en un coche de alquiler?  -Si no es así, nada se habrá perdido. Pero si el señor Phelps está en lo cierto cuando afirma que ni en el despacho ni en los pasillos existe ningún escondite, no cabe duda de que la persona en cuestión tuvo que venir del exterior. Si vino del exterior en una noche tan lluviosa, y, sin embargo, no dejó en el linóleo rastro alguno de humedad, puesto que fue examinado pocos minutos después que él pasó, entonces hay grandes probabilidades de que viniese en un coche. Sí, creo que podemos deducir con bastante seguridad que vino en un coche.  -El razonamiento parece plausible.  -Esa es una de las pistas de que hablé. Pudiera ser que nos condujese a alguna parte. Tenemos, por otro lado, la de la campanilla, y ése es precisamente el rasgo más característico del caso. ¿Por qué tocaría la campanilla? ¿Tiró de ella el ladrón por pura fanfarronada? ¿O la hizo sonar alguien que estaba en compañía del ladrón y que quiso evitar el crimen? ¿Fue un simple accidente? ¿O acaso, acaso...?  Holmes volvió a sumirse en las reconcentradas y silenciosas meditaciones de que antes había salido a la superficie; pero a mí, que estaba acostumbrado a todos sus cambios de humor, me pareció que alguna posibilidad había aparecido súbitamente ante su imaginación.  Eran las tres y veinte cuando llegamos a la estación terminal, y después de almorzar rápidamente en el buffet, seguimos en el acto viaje hacia Scotland Yard. Holmes había telegrafiado ya a Forbes, y lo encontramos esperándonos. Era un hombre pequeño, astuto, de expresión aguda, pero que no tenía nada de simpática.  Nos recibió con marcada frialdad, especialmente cuando se enteró del asunto que allí nos llevaba, y dijo con algo de impertinencia  -Señor Holmes, he oído antes de ahora hablar de sus métodos. Usted está bastante dispuesto a servirse de los datos que la Policía pueda poner a su disposición, para luego dar fin usted mismo al caso y de esa manera desacreditamos.  -Todo lo contrario -dijo Holmes-; de mis últimos cincuenta y tres casos sólo se ha mencionado mi nombre en cuatro, y la Policía se ha llevado los honores en cuarenta y nueve. No lo censuro por ignorarlo, ya que es usted joven y falto de experiencia, pero si usted desea progresar en sus nuevas obligaciones, trabaje conmigo, y no contra mí.  -Me alegraría recibir algunas sugerencias-dijo el detective cambiando de actitud-. Hasta ahora, ningún honor me ha procurado este caso.  -¿Qué gestiones ha hecho usted?  -He hecho seguir constantemente la pista de Tangey, el ordenanza Se retiró del regimiento de Guardias con una buena hoja de servicios, y nada hemos podido descubrir que le sea perjudicial. Sin embargo, su mujer tiene poco que perder. Yo creo que sabe más de lo que aparenta.  -¿Ha puesto usted a alguien que le siga los pasos?  -Hemos dedicado a esa tarea a una de nuestras mujeres. La señora Tangey bebe, y nuestra agente alternó con ella en dos ocasiones en que estaba bien bebida, pero no consiguió sacarle nada  -He oído decir que tuvieron en casa a los agentes de embargo.  -Sí, pero le liquidaron la cuenta.  -¿De dónde sacaron el dinero?  -Por ese lado la cosa está clara El marido tenía que cobrar su retiro; no se ha visto indicio alguno de que les sobre el dinero.  -¿Qué explicación dio ella por haber acudido a la llamada del señor Phelps cuando éste pidió el café?  -Contestó que su marido estaba muy cansado y que ella quiso aliviarle de ese trabajo.  -Sí, esto concuerda, sin duda alguna, con el hecho de que un poco más tarde estuviese dormido en su silla.  De modo, pues, que lo único que hay en contra de esta pareja es la conducta de la mujer. ¿Le preguntó usted por qué razón se alejó tan de prisa aquella noche? Su precipitación hizo que el guardia se fijase en ella  -Se había retirado más tarde que de costumbre, y tenía prisa por llegar a su casa.  -¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps llegaron a su casa antes que ella, siendo así que se pusieron en camino, por lo menos, veinte minutos después?  -Lo atribuye a la diferencia de ir en ómnibus o en coche hansorn.  -¿Explicó por qué, al llegar a su casa, se metió corriendo en la cocina de la parte de atrás?  -Adujo que era allí donde tenía el dinero para pagar a los agentes de embargo.  -Ya veo que, por lo menos, tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al retirarse del Ministerio se cruzó con alguien o vio a alguien vagabundear por Charles Street?  -No vio a nadie, fuera del guardia.  -Por lo que veo, ha interrogado usted bien a fondo. ¿Qué más ha hecho usted?  -Llevamos siguiéndole los pasos desde hace nueve semanas al empleado Gorot, pero sin resultado. No podemos aducir nada en su contra.  -¿Alguna otra cosa?  -Pues la verdad, no tenemos nada más en qué basarnos para seguir adelante. No hay pruebas de ninguna clase.  -Ha formado usted alguna hipótesis sobre cómo pudo sonar la campanilla?  -Le confieso que ahí yo me pierdo. Quienquiera que fuese, debió de ser persona de sangre fría al ponerse a dar la alarma de aquella manera.  -Si, es una acción verdaderamente rara. Muchas gracias por todo lo que acaba de informarme. Si llego a encontrarme en situación de entregarles al individuo, recibirá usted noticias mías. Vámonos, Watson.  -¿Adónde nos dirigimos ahora? -le pregunté al salir de aquella oficina.  -Vamos a celebrar una entrevista con lord Holdhurst, ministro del Gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.  Tuvimos la suerte de que lord Holdhurst estuviese aún en sus habitaciones de Downing Street, y al entregar Holmes su tarjeta se nos hizo subir inmediatamente. El estadista nos recibió con la vieja cortesía que le distingue, y nos hizo sentar en dos espléndidos sillones, a uno y otro lado de la chimenea. En pie sobre la esterilla, entre nosotros dos, con su cuerpo alto y esbelto, su rostro de rasgos bien marcados y de expresión pensativa y sus rizados cabellos, teñidos prematuramente de gris, parecía la imagen viva de un tipo que no es demasiado corriente, el del aristócrata que es verdaderamente noble.  -Señor Holmes -dijo sonriente-, su nombre me es muy familiar. Como es lógico, no puedo simular ignorancia del objeto de la visita de ustedes. Sólo ha ocurrido un suceso en estas oficinas que puede atraer su atención. ¿Podría preguntarle en interés de quién actúa usted?  -En interés del señor Percy Phelps.  -¡Desdichado sobrino mío! Ya comprenderá que nuestro parentesco me hace todavía más imposible el servirle de pantalla de cualquier manera que sea. Me temo que este incidente ha de ser sumamente perjudicial para su carrera.  -¿Y si se recuperase el documento?  -¡Ah!, eso sería otra cosa.  -Yo traía preparadas una o dos preguntas que desearía plantearle, lord Holdhurst.  -Me será muy grato proporcionarle todos los informes que poseo.  -¿Fue en esta misma habitación en la que usted dio sus instrucciones relativas a la copia del documento?  -En ésta fue.  -¿Verdad que difícilmente pudo nadie escuchar sus palabras?  -Eso no puede ni siquiera pensarse.  -¿Mencionó usted a alguien su propósito de entregar el Tratado para sacar una copia del mismo?  -A nadie absolutamente.  -¿Está usted seguro de ello?  -Segurísimo.  -Bien, puesto que usted no se lo dijo a nadie, y tampoco se lo dijo el señor Phelps, y nadie sabía nada del asunto, sacaremos en consecuencia que el ladrón se encontró en la oficina de su sobrino de una manera casual. Vio la oportunidad y se apoderó del documento.  -Eso está ya fuera de mi terreno.  Holmes meditó un instante, y dijo:  -Hay otro punto importantísimo del que yo desearía hablarle. Tengo entendido que usted temía que se derivasen graves consecuencias del hecho de hacerse públicos los detalles de este Tratado, ¿no es así?  Por la expresiva cara del estadista cruzó una sombra.  -Gravísimas consecuencias, desde luego.  -¿Han ocurrido?  -Hasta ahora, no.  -Si el Tratado estuviese va en manos, pongamos por caso, de los ministerios de Relaciones Exteriores de Francia o de Rusia, ¿calcula que ese hecho llegaría a conocimiento de usted?  -Calculo que sí -dijo lord Holdhurst torciendo el gesto.  -Ahora bien: habiendo transcurrido diez semanas desde entonces, sin que usted haya tenido noticias de ese origen ¿seria ilógico suponer que el Tratado no llegó a sus manos, por la razón que sea?  Lord Holdhurst se encogió de hombros.  -Señor Holmes, es difícil suponer que el ladrón se apoderase del Tratado para colocarlo en un marco y colgarlo en la pared.  -Quizá espere que le mejoren el precio.  -Si espera que transcurra un poco más de tiempo, no sacará por él absolutamente nada. Dentro de algunos meses, el Tratado dejará de ser secreto.  -Eso es importantísimo -dijo Holmes-. Naturalmente que es también posible que el ladrón haya caído víctima de una súbita enfermedad.  -¿De un ataque de fiebre cerebral, por ejemplo? -preguntó el estadista clavando en Holmes una rápida mirada.  -Yo no he dicho eso -contestó Holmes imperturbable-. Bien, lord Holdhurst, ya le hemos quitado una parte demasiado grande de su valioso tiempo, y le daremos los buenos días.  -Les deseo éxito completo en su investigación, sea quien sea el criminal -contestó el aristócrata al despedirnos en la puerta con una inclinación.  -Es un hombre magnífico- dijo Holmes cuando salíamos a Whitehall-. Pero tiene que sostener una lucha para mantenerse a tono con su posición. No es rico, ni mucho menos, y tiene que hacer frente a muchas exigencias. ¿Se fijó usted en que se ha hecho poner medias suelas en las botas? Bueno, Watson, no quiero impedirle por más tiempo que se dedique a sus legítimas ocupaciones. Nada más haré por hoy, a menos que reciba alguna contestación a mi anuncio relativo al coche de alquiler. Pero le quedaría sumamente agradecido si me acompañase mañana a Woking en el mismo tren que tomamos hoy.  Me reuní con él a la mañana siguiente, tal como habíamos convenido, y nos trasladamos juntos a Woking. Me dijo que no había recibido contestación alguna a su anuncio, y que ninguna nueva luz había venido a proyectarse sobre el caso. Holmes sabía revestirse, cuando él quería, de la absoluta inmovilidad de rostro de un piel roja, y no pude en esta ocasión deducir de la expresión del suyo si se hallaba satisfecho o no de la marcha del caso. Recuerdo que su conversación versó acerca del sistema de medidas de Bertillon y que no recató su entusiástica admiración hacia el sabio francés.  Encontramos a nuestro cliente bajo el cuidado de su solícita enfermera pero con un aspecto mucho mejor que la otra vez. Se levantó del sofá y salió a recibimos sin dificultad cuando nosotros entramos.  -¡Hay alguna noticia? -preguntó con ansiedad.  -Tal como esperaba, mi informe es negativo -dijo Holmes-. He visto a Forbes, he hablado con el tío de usted y he puesto en marcha un par de mecanismos de investigación que quizá nos conduzcan a alguna parte.  -¿No se ha desanimado usted, según eso?  -De ninguna manera.  -¡Que Dios le bendiga por esas palabras! -exclamó la señorita Harrison-. Si conservamos nuestro ánimo y nuestra paciencia, la verdad se abrirá paso al fin.  -Nosotros tenemos más cosas que contarle a usted, que usted a nosotros -dijo Phelps volviendo a sentarse en el sofá.  -Ya calculaba que tendría algo que contarme.  -Sí, nos ha ocurrido durante la noche una aventura, que además pudo haber tenido serias consecuencias.  A medida que hablaba fue revistiéndose de gravedad y apareció en sus ojos algo muy semejante al miedo.  -¿Sabe usted que empiezo a creer que soy el centro inconsciente de alguna conspiración monstruosa y que está en juego mi vida, lo mismo que mi honor?  -iHola! -exclamó Holmes.  -Suena a cosa increíble, porque, que yo sepa, no tengo un solo enemigo en el mundo. Sin embargo, es la única conclusión que puedo sacar de lo que me ha ocurrido la pasada noche.  -Cuéntemelo, haga el favor.  -Es preciso que sepa usted que la noche pasada ha sido la primera que he dormido sin enfermera en este cuarto. Me sentía tan mejorado, que creí que podría pasar sin ella. Sin embargo, dejé encendida una mariposa. Pues bien: serían las dos de la mañana, y yo dormía profundamente, cuando me despertó súbitamente un ruido ligero. Se parecía al que hace un ratoncillo que roe una tabla, y permanecí algunos momentos escuchando, convencido de que, en efecto, ésa era la causa. Pero fue creciendo de volumen, y de pronto me llegó de la ventana un chasquido metálico, seco. Me senté en la cama atónito. Ya no cabía duda de qué clase de ruidos eran aquéllos. Los débiles habían sido producidos por alguien que estaba pasando a la fuerza un instrumento por la rendija de los dos armazones de la ventana, y el segundo, al hacer presión sobre el pestillo empujándolo hacia atrás. Sobrevino entonces una pausa, que duró unos diez minutos, como si el que andaba allí estuviese dando tiempo para ver si el ruido me había despertado. Acto continuo oí un suave crujido, como si abriesen despacito la ventana. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son los de antes. Salté de mi cama y abrí de par en par los postigos. Había un hombre agazapado en la ventana. Huyó como una exhalación, y apenas si distinguí algo de él. Iba embozado en una especie de capa que le tapaba la parte inferior del rostro. De una sola cosa estoy seguro; a saber de que llevaba algún arma en la mano. Me pareció un cuchillo largo. Vi con claridad su brillo cuando se volvió para correr.  -Esto está interesantísimo -dijo Holmes-. Dígame, ¿qué hizo usted entonces?  -Si hubiese estado más fuerte, le habría seguido, saltando por la ventana abierta. En mi situación, tiré del llamador de la campanilla y desperté a la casa. Me llevó algún tiempo, por que la campanilla suena en la cocina y los criados duermen en el piso alto. Sin embargo, grité, y esto hizo que acudiese Joseph, y Joseph despertó a los demás. Joseph y el lacayo encontraron huellas en el macizo de flores que hay en la parte de fuera de la ventana, pero en los últimos días ha hecho un tiempo tan seco, que le resultó imposible seguir la pista por la cespedera. Sin embargo, en la valla de madera que bordea la carretera hay un sitio, según me han informado, que parece indicar que alguien se encaramó para saltar al otro lado, y al hacerlo rompió un trozo de la parte superior. Nada he comunicado aún a la Policía local; me pareció que sería mejor escuchar antes la opinión de usted.  El relato de nuestro cliente pareció haber producido un efecto extraordinario en Sherlock Holmes. Se levantó de la silla y se paseó por la habitación presa de un nerviosismo irreprimible.  -Las desgracias nunca vienen solas -dijo Phelps sonriéndose, aunque saltaba a la vista que su aventura le había amilanado un poco.  -De luego, usted ha tenido ya su parte en cuestión de desgracias -dijo Holmes-. ¿Se siente con fuerzas para dar conmigo una vuelta alrededor de la casa?  -Claro que sí. Me gustaría tomar un poco el sol. Joseph vendrá también.  -Y yo -dijo la señorita Harnson.  -Perdóneme, pero usted no -le contestó Holmes moviendo negativamente la cabeza-. Tengo que suplicarle que permanezca donde está, sin moverse para nada de aquí.  La joven volvió a sentarse con expresión descontenta. Pero su hermano se había reunido con nosotros, y echamos a andar los cuatro juntos. Nos dirigimos contorneando la cespedera a la parte exterior de la ventana del diplomático. Había, en efecto, y según él había dicho, ciertas huellas en el macizo de flores, pero estaban irremediablemente borrosas y confusas. Holmes se inclinó un instante para examinarlas, pero en seguida enderezó el cuerpo, encogiéndose de hombros.  -No creo que nadie sea capaz de sacar gran cosa de esto -dijo-. Demos un paseo alrededor de la casa y veamos por qué razón eligió el ladrón esta ventana precisamente. Yo diría que esas ventanas de la sala y del comedor, que son más amplias, habrían debido atraerle más que aquélla.  -Pero ésas son más visibles desde la carretera -apuntó el señor Joseph Harrison.  -¡Ah, sí!, desde luego. Aquí hay una puerta que también pudo intentar abrir. ¿A qué está destinada?  -Es la de los proveedores. Como es natural, se cierra por la noche.  -¿Han sufrido ustedes en alguna ocasión una alarma de esta clase?  -Nunca -contestó nuestro cliente.  -Guardan ustedes en la casa objetos de plata o algo capaz de atraer a los ladrones?  -Nada que tenga mucho valor.  Holmes fue paseando lentamente alrededor de la casa con las manos en los bolsillos y un aire despreocupado que no era habitual en él.  -A propósito -dijo Holmes a Joseph Hamson-, tengo entendido que usted ha descubierto el sitio por el que parece que el individuo en cuestión escaló la valla. Vamos a echar allí una ojeada.  El joven nos condujo hasta el lugar en que había sido resquebrajada una de las maderas de la valla. Un trozo pequeño de la misma había quedado colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con mirada crítica.  -De modo que usted cree que esto fue hecho anoche? Da la impresión de que es cosa bastante vieja, ¿no le parece?  -Sí, es posible.  -No hay rastro alguno de que alguien haya saltado desde este al otro lado de la valla. Bueno, estoy creyendo que de aquí no vamos a sacar nada. Volvamos al dormitorio y vamos a pasar revista a la situación.  Percy Phelps caminaba muy despacio y apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. - Holmes cruzó rápidamente el campo de césped, y llegamos a la ventana del dormitorio, que estaba abierta, mucho antes que los otros dos.  -Señorita Harrison -le dijo Holmes, poniendo en sus palabras la máxima expresión-, es indispensable que no se mueva en todo el día de donde está. No debe ausentarse de aquí por nada ni por nadie en todo el día. Es de la más vital importancia.  -Lo haré, señor Holmes, si es ése su deseo -contestó ella atónita.  -Y cuando usted se retire para acostarse cierre la puerta de este dormitorio con llave, y llévesela usted. Prométame que lo hará.  -¿Y Percy?  -Vendrá con nosotros a Londres.  -Y yo, ¿no he de acompañarle?  -Es preciso por el bien del señor Phelps. ¡Usted puede actuar en favor suyo! ¡Rápido! ¡Prométamelo!  Ella le contestó con un cabeceo de asentimiento en el instante mismo en que llegaban los otros dos.  -Por qué te estás ahí dormitando, Annie? -le gritó su hermano-. ¡Ven aquí afuera a tomar el sol!  -No; gracias, Joseph. Me duele un poco la cabeza y en esta habitación hace un frescor delicioso y reconfortante.  -¿Qué propone usted ahora, señor Holmes? -preguntó nuestro cliente.  -Pues que no perdamos de vista la investigación más importante por dedicarnos a este otro asunto secundario. Sería para mí una grandísima ayuda el que pudiera usted trasladarse con nosotros a Londres.  -¿Ahora mismo?  -Cuanto antes le sea cómodo. Pongamos de aquí a una hora.  -Me siento ya fuerte, si de veras puedo servirle de ayuda.  -Puede servirme de grandísima ayuda.  -¿Desea quizá que pase allí la noche?  -Se lo iba precisamente a proponer.  -De ese modo, si el amigo de la noche pasada me hace otra visita, se encontrará con que el pájaro ha volado. Nos hemos puestos todos en sus manos, señor Holmes, y debe usted decirnos exactamente lo que desea que hagamos. Quizá prefiera usted que nos acompañe Joseph, a fin de que cuide de mí. -  -¡Oh, no!; ya sabe que mi amigo Watson es médico. El le cuidará. Almorzaremos aquí, si usted nos lo permite, y luego saldremos los tres para Londres.  Todo se dispuso según Holmes había indicado, aunque la señorita Harrison se disculpó y no salió del dormitorio, de acuerdo con la promesa hecha a Sherlock. No se me ocurría cuál pudiera ser la finalidad de los manejos de mi amigo, como no tratase de mantener a la joven alejada de Phelps. Este, alegre al sentirse mejor de salud y por la perspectiva de entrar en acción, almorzó con nosotros en el comedor. Sin embargo, Holmes nos preparaba una sorpresa todavía mayor, porque después de acompañarnos hasta la estación y de vernos instalados en nuestro coche, me anunció tranquilamente su propósito de no abandonar Woking.  -Sólo hay uno o dos puntos que yo desearía aclarar antes de marcharme -dijo-. Su ausencia puede, en cierto modo, serme útil, señor Phelps. Watson, yo le ruego que cuando lleguen a Londres se dirija inmediatamente con nuestro amigo en coche a Baker Street y no se muevan de allí hasta que yo me presente. Es una suerte que sean ustedes viejos compañeros de escuela, porque tendrán mucho que hablar.  El señor Phelps puede ocupar por esta noche la habitación que queda libre, y yo me reuniré con ustedes a tiempo para el desayuno, porque hay un tren que me llevará a Waterloo a las ocho.  -Pero ¿y esa investigación que íbamos a realizar en Londres? -preguntó Phelps tristemente.  -La podremos llevar a cabo mañana. Creo que, de momento al menos, puedo ser más útil aquí.  -Dígales en Briarbrae que espero estar de regreso mañana por la noche -exclamó Phelps cuando empezamos a alejarnos del andén.  Phelps y yo hablamos del asunto durante el viaje, pero ninguno de los dos pudimos dar con una razón que explicase satisfactoriamente este nuevo giro de la situación.  -Yo me imagino que lo que desea es seguir alguna pista relacionada con el intento de escalo de la noche pasada, si es que, en efecto, se trataba de un ladrón, Yo, por lo menos, creo que no era un ladrón corriente.  -¿Qué es, pues, lo que crees?  -La verdad, y atribúyelo, si quieres, a mis nervios, creo que se está tejiendo en torno mío una profunda intriga política, y que, por razones que no se me alcanzan, los conspiradores buscan mi vida Esto suena a cosa absurda y desorbitada, pero fíjate en los hechos. ¿Para qué iba a. intentar un ladrón introducirse violentando la ventana en un dormitorio en el que no tenía ninguna esperanza de encontrar cosa de valor, y para qué había de venir armado de un largo cuchillo?  -.Estás seguro de que no era uná palanqueta de ladrón de casas?  -¡Oh, no!; era un cuchillo. Distinguí con toda claridad el brillo de la hoja.  -Pero ¿por qué diablos habrían de perseguirte con tal saña?  -¡Ahí está precisamente la cuestión!  -Pues entonces, si Holmes opina lo mismo que tú quizá eso explicaría estas medidas suyas ¿no te parece? Suponiendo que tu hipótesis fuese acertada, si él consigue echarle el guante al individuo que te amenazó la noche pasada, llevaría adelantado mucho para descubrir quién fue el ladrón del Tratado. Es absurdo el suponer que tengas dos enemigos: uno que te roba, mientras que el otro atenta contra tu vida  -Pero el señor Holmes nos dijo que él no iba a Briarbrae.  -Yo le conozco desde hace algún tiempo, y nunca le he visto hacer nada sin tener sus buenas razones para ello -le contesté, y nuestra conversación derivó hacia otros temas.  Fue para mí un día aburrido, Phelps se encontraba débil de su larga enfermedad, y sus desgracias lo traían nervioso y propenso a quejarse. Intenté en vano despertar su interés hablándole del Afganistán, de la India, de las cuestiones sociales, de todo cuanto pudiera apartar su pensamiento de su obsesión. Siempre volvía él a su perdido Tratado, haciendo preguntas, barruntos y cábalas sobre lo que estaría llevando a cabo Holmes, sobre los pasos que daría lord Holdhurst, sobre cuáles serían las noticias que recibiríamos a la mañana siguiente. A medida que avanzaba la noche, su excitación se fue haciendo dolorosa.  -¿Tienes fe absoluta en Holmes? -me preguntó.  -He sido testigo de algunos hechos suyos extraordinarios.  -¡Pero nunca habrá aclarado ningún problema tan oscuro como éste!  -¡Oh, sí; le he visto resolver asuntos que presentaban muchas menos pistas que este tuyo!  -¡Pero en ninguno de ellos estarían en juego intereses de tal importancia!  -Eso lo ignoro, aunque sé a ciencia cierta que ha actuado en favor de tres casas reinantes en Europa, y que se trataba de asuntos de importancia vital.  -Claro que tú lo conoces, Watson. Es un individuo tan inescrutable, que nunca sé yo a qué atenerme con él.  ¿Crees que tiene esperanzas? ¿Piensas que espera conseguir un éxito en este asunto?  -No me ha dicho una palabra.  -Esa es una mala sena!.  -Todo lo contrarío, mi experiencia me enseña que cuando anda despistado lo dice. Cuando se muestra de veras taciturno es cuando sigue un husmillo y no está absolutamente seguro de que es el verdadero. Pero bueno, querido compañero, nosotros no arreglaremos el problema con nuestro nerviosismo. Te suplico, pues, que te acuestes, para que el día de mañana te encuentre de buen temple, traiga para nosotros lo que traiga.  Logré, por último, convencer a mi compañero de que siguiese mi consejo, si bien comprendí, por su visible excitación, que era mucho esperar el que se durmiese. A decir verdad, resultó el suyo un humor contagioso, porque yo también me pasé media noche dando vueltas en la cama, sin poder apartar mi pensamiento de aquel extraño problema, intentando un centenar de teorías, a cuál más imposible. ¿Por qué motivo se había quedado Sherlock Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que no se moviese en todo el día del dormitorio del enfermo? ¿Por qué había tomado tales medidas a fin de que los habitantes de Biarbrae no se enterasen de que él quedaba en el pueblo? Me estrujé la sesera buscando una explicación que abarcara todos esos hechos, hasta que caí dormido.  Eran las siete cuando me desperté, dirigiéndome en el acto a la habitación de Phelps, encontrando a éste ojeroso y agotado, después de una noche de insomnio. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado.  -Lo tendremos aquí a la hora que nos prometió -le contesté-. Ni un minuto antes ni después.  Mis palabras resultaron ciertas, porque inmediatamente después de las ocho frenó delante de la puerta un coche del que se apeó nuestro amigo. Vimos mirando por la ventana que traía la mano izquierda vendada y que su cara estaba ceñuda y pálida Entró en la casa, pero tardó un ratito en subir por la escalera.  -Trae aspecto de hombre vencido -exclamó Phelps.  No tuve más remedio que confesar que así era, en efecto.  -Después de todo -dije-, es probable que la clave del asunto se encuentre en Londres.  Phelps dejó escapar un gemido, y dijo:  -No sé por qué, pero yo tenía puestas grandísimas esperanzas en su regreso. Pero ¿verdad que ayer no tenía la mano vendada de ese modo? ¿Que ha podido ocurrir?  -¿Está usted acaso herido, Holmes? -le pregunté a mi amigo cuando entro en la habitación.  -iBah! no es más que un rasguño que se debe a torpeza mía -contestó, dándonos los buenos días con una inclinación de cabeza-. Este caso suyo, señor Phelps, es, sin disputa, uno de los más oscuros de cuantos me ha tocado investigar.  -Me temí que resultase superior a sus fuerzas.  -Ha sido ésta una notable experiencia.  -Ese vendaje delata aventuras -le dije yo-. ¿No quiere decirnos qué es lo que ha ocurrido?  -Después que nos desayunemos, mi querido Watson. Tenga presente que he venido respirando los aires de Surrev durante treinta millas esta mañana. Me imagino que no habrá habido contestación a mi anuncio para los cocheros, ¿verdad? Bueno, bueno; es demasiado pedir ganar siempre.  La mesa estaba puesta ya, y en el momento en que yo me disponía a tirar del llamador de la campanilla entró la señora Hudson con el té y el café. Algunos minutos más tarde trajo los cubiertos, y los tres  nos sentamos a la mesa: Holmes, hambriento, yo, lleno de curiosidad, y Phelps, en el más negro estado de abatimiento.  -La señora Hudson se ha puesto a la altura de la situación -dijo Holmes quitando la tapadera a una fuente de pollo en salsa-. Su cocina es poco variada, pero tiene el mismo concepto que una escocesa de lo que debe ser un buen desayuno. ¿Qué tiene usted ahí, Watson?  -Jamón con huevos -le contesté.  -¡Perfectamente! ¿Qué le apetece, señor Phelps: aves en salsa, huevos, o es que prefiere servirse usted mismo?  -Gracias. No me apetece nada -dijo el señor Phelps.  -¡Por favor! Mire, vea si le agrada eso que hay en la fuente que tiene delante.  -No, gracias; prefiero no comer nada.  -Pues entonces -le dijo Holmes con sonrisa maliciosa- supongo que, por lo menos, no tendrá inconveniente en servirme a mí de esa fuente.  Phelps levantó la tapadera, y al hacerlo dejó escapar un grito y se quedó inmóvil, mirando atónito y con la cara tan blanca como la fuente misma que contemplaba. En el centro de la misma veíase un rollo pequeño de papel gris azulado. Le echó mano, lo devoró con los ojos, y luego se puso a bailar como un loco por la habitación, apretándolo contra su pecho y lanzando chillidos de alegría hasta que cayó en un sillón, tan agotado y exhausto por sus propias emociones, que tuvimos que verterle aguardiente en la boca para impedir que se desmayase.  -¿Bueno está! ¡Bueno está! -dijo Holmes, dándole palmadas cariñosas en el hombro-. He obrado mal en soltárselo de esa manera; pero Watson, aquí presente, le -dirá que no acierto a prescindir de una pincelada de dramatismo.  Phelps le cogió la mano y se la besó, exclamando:  -¿Que Dios le bendiga! Me ha salvado usted el honor.  -Sí, pero tenga en cuenta que yo me jugaba el mío -dijo Holmes-. Le aseguro que a mi me resulta tan odioso el fracasar en un caso como a usted cometer una pifia en un encargo oficial.  Phelps se guardó el precioso documento en el bolsillo más recóndito de su chaqueta.  -No tengo alma para retrasar por más tiempo su desayuno, pero me estoy muriendo de ganas de saber cómo se hizo con el documento y dónde se encontraba éste.  Sherlock Holmes se echó al cuerpo una taza de café y luego se dedicó al jamón con huevos. Acto continuo se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su silla.  -Empezaré por contarles lo que hice, y a continuación por que- lo hice. Después de despedirme de ustedes en la estación di un encantador paseo, cruzando un admirable paisaje de Surrey, deteniéndome en una linda aldeíta llamada Ripley, donde me hice servir el té en un mesón, y luego, como medida de precaución, llené mi frasco y metí en el bolsillo un paquete de bocadillos. Me quedé allí hasta anochecido, y entonces volví a salir para Woking. Poco después- de la puesta del sol me encontraba en la carretera de la parte de fuera de la finca de Briarbrae. Pues bien: esperé a que la carretera quedase desierta, aunque creo que nunca debe de estar muy concurrida, y trepé por encima de la cerca, metiéndome en la finca.  -¿Por qué, si la puerta cochera estaría abierta? -se le escapó decir a Phelps.  -Caprichos que yo suelo tener en estas cosas. Elegí el sitio en que se yerguen los tres abetos y, cubierto por ellos, avancé sin peligro de que pudiera verme nadie desde la casa; me agazapé entre los arbustos que hay al otro lado, y seguí a gatas pasando dé uno a otro, como lo atestigua el calamitoso estado de mis rodilleras, hasta que alcancé el grupo de rododendros que hay frente por frente a la ventana de su dormitorio. Una vez allí, me acurruqué y esperé los acontecimientos. No estaba echada la cortina de su habitación, y veía a la señorita Harrison. que leía sentada a la mesa. A las diez y cuarto cerró el libro, aseguró los postigos y se retiró. Oí cómo cerraba la puerta, y tuve la seguridad de que lo había hecho con llave.  -¿Con llave? -exclamó sin poderse contener Phelps.  -Sí, yo le había dado instrucciones a la señorita Harrison de que cuando se retirase a acostar cerrase por fuera y se llevase la llave. Cumplió a la letra con cuanto yo le dije, y desde luego, de no haber contado con su colaboración, no tendría usted ahora el documento en el bolsillo de su chaqueta. Se retiró, pues, se apagaron las luces, y yo quedé agazapado en el bosquecillo de rododendros. La noche era hermosa, pero, con todo, la vigilia fue por demás fatigosa Claro que una espera así tiene esa especie de emoción que siente el deportista que, tumbado cerca de la corriente de aire, espera la pieza de caza mayor. Sin embargo, resultó larguísima, casi tanto, Watson, como cuando usted y yo esperamos en el cuarto de la muerte al perseguir la solución del problema de La banda de lunares. Allá en Woking, había un reloj de iglesia que daba los cuartos de hora, y en más de un momento llegué á creer que se había parado. Pero, al fin, a eso de las dos de la madrugada, oí de pronto el suave ruido de un cerrojo que se coma hacia atrás y el crujir de una llave. Un instante después se abrió la puerta de la servidumbre y apareció bajo la luz de la luna el señor Joseph Hamson.  -¡Joseph! -exclamó Phelps.  -Traía la cabeza descubierta, pero se había echado sobre los hombros una capa, para poder taparse en un instante la cara, si alguien daba la alarma Avanzó de puntillas a la sombra del muro de la casa, y cuando llegó a la ventana metió un cuchillo de hoja larga por la rendija de los ventanillos y empujó hacia atrás el enganche. Abrió aquéllos, y luego metió el cuchillo entre los postigos, levantó la barra y.los abrió de par en par. Desde donde yo estaba dominábase perfectamente el interior de la habitación, y yo veía todos sus movimientos. Encendió un par de velas que hay encima de la repisa de la chimenea y acto continuo se puso a levantar la esquina de la alfombra cerca de la puerta. Más tarde se agachó y levantó un trozo cuadrado de tarima, como el que es corriente dejar para que los fontaneros puedan tener acceso a las puntas de las tuberías del gas. El trozo en cuestión cubría la junta en forma de T, de la que arranca la tubería que sirve a la cocina, que cae debajo. De ese escondite extrajo ese pequeño rollo de papel, volvió a encajar la tarima, dejó la alfombra como estaba antes, apagó las velas y cayó en mis brazos, porque le estaba esperando de la aparte de afuera de la ventana. Pero e! señorito Joseph es hombre de peores intenciones de lo que yo creía. Me tiró tres cuchilladas, y tuve que derribarlo dos veces sobre la hierba antes de poder dominarlo. Me produje un corte en los nudillos. Cuando terminamos la cosa, solamente veía él por un ojo, pero en esa mirada se leía el asesinato. Sin embargo, atendió a razones y me entregó el documento. Una vez éste en mi mano, lo dejé marcharse, pero esta mañana telegrafié todos los detalles a Forbes. Si él se da prisa suficiente y apresa a su pájaro, santo y bueno. Pero si, como yo me lo malicio, encuentra el nido vacío para cuando llegue allí, tanto mejor para el Gobierno. Yo me imagino que el señor Phelps, por un lado, y lord Holdhurst, por otro, prefirirían con mucho que el asunto no llegue ni siquiera al tribunal correccional.  -¡Santo Dios! -dijo sin aliento casi nuestro cliente-. Pero ¿me quiere usted decir que durante esas diez largas semanas de agonía el documento robado no dejó de estar conmigo en el mismísimo cuarto?  -Así es.  -¡Y Joseph! ¡Joseph, un bandido y un ladrón!  -¡Ejem! Me temo que el carácter de Joseph sea más profundo y peligroso de lo que cualquiera juzgaría guiándose por las apariencias. Por lo que me ha dicho esta mañana, yo calculo que ha sufrido fuertes pérdidas especulando con valores, y que no parará en barras para mejorar su situación económica. Como es un hombre totalmente egoísta, al presentársele una ocasión no consintió que la felicidad de su hermana o la reputación de usted le impidiesen obrar  Percy Phelps se dejó caer sobre el respaldo del asiento, y dijo:  -Se me va la cabeza. Las palabras de usted me han dejado atónito.  -La principal dificultad que presentaba el caso de usted es que existían demasiados datos -comentó Holmes con su estilo didáctico-. Lo vital se hallaba oscurecido y oculto por lo subalterno. De todos los hechos que se nos presentaban teníamos que quedarnos con los que estimábamos esenciales, para luego unirlos en su orden, reconstruyendo así esa notabilísima cadena de acontecimientos. Yo empecé a sospechar de Joseph por lo siguiente: usted tenía el propósito de hacer esa noche el viaje con él hasta su casa, y era, por consiguiente, muy verosímil que él fuese a buscarlo de paso para la estación.  Cuando supe por usted que alguien tenía tan gran interés en entrar en su dormitorio, en el que nadie sino Joseph pudo haber escondido algo (usted nos dijo en su narración que Joseph tuvo que trasladarse a otro dormitorio cuando llegó usted con el médico), mis sospechas se transformaron en certidumbre, sobre todo porque la tentativa tuvo lugar la primera noche que faltó la enfermera, lo que demostraba que el intruso conocía bien lo que ocurría en la casa  -¡Qué ciego he estado!  -Lo ocurrido, hasta donde yo he podido reconstruir los hechos, es esto: Josep Harrison entró en el edificio por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, fue derecho hacia el despacho de usted, en el que entró momentos después que usted lo abandonó. Al no encontrar allí a nadie tiró del llamador de la campanilla, y en ese preciso momento sus ojos se posaron en el documento que había encima de la mesa.  Le bastó una ojeada para comprender que la casualidad había puesto en su camino un documento de Estado de inmenso valor. Rápido como el relámpago, se lo metió en el bolsillo y desapareció. Como usted recordará, transcurrieron algunos minutos hasta que el adormilado ordenanza llamó su atención hacia la campanilla, y ésos le bastaron al ladrón para llevar a cabo su fuga. Marchó a Woking con el primer tren y, después de examinar su botín y de convencerse de su inmenso valor, lo ocultó en lo que creyó que era un lugar seguro, con el propósito de sacarlo de allí uno o dos días después para llevarlo a la Embajada francesa o al sitio en que juzgó que se lo pagarían espléndidamente. Pero usted se presenta de pronto y él se ve echado del cuarto que ocupaba, sin que desde ese momento hubiese nunca menos de dos personas presentes en el mismo, siéndole por ello imposible recuperar su tesoro. La situación debió de ser como para volverlo loco. Por fin creyó llegada su oportunidad. Intentó entrar subrepticiamente, pero se vio chasqueado por lo ligero del sueño de usted. Como recordará, esa noche no tomó usted su medicina habitual.  -Lo recuerdo.  -Yo opino que él había tomado medidas para que la medicina tuviese eficacia esa noche, y que contaba con encontrarlo a usted inconsciente. Yo me dije, como es natural, que repetiría su tentativa en cuanto pudiera hacerlo sin peligro. La ausencia de usted le proporcionó la ocasión que deseaba. Hice que la señorita Harrison no se moviese de allí en todo el día, para que él no se nos anticipase. Después de haberle hecho creer que la costa estaba libre, monté guardia, según ya les he dicho. Yo sabía que el documento se encontraba probablemente dentro de la habitación, pero no quería hacer levantar el entarimado y los zócalos para buscarlo. Le dejé, pues, apoderarse del papel vigilándolo desde mi escondite, y de ese modo me ahorré un trabajo molestísimo. ¿Falta algún otro punto por esclarecer?  -¿Y por qué en la primera ocasión probó a entrar por la ventana, siendo así que podía haber entrado por la puerta?  -Porque para llegar a la puerta habría tenido que pasar por delante de siete dormitorios. Por otra parte, le era facilísimo salir a la cespedera. ¿Algo más?  -Pero seguramente que no llevaría el propósito de asesinarme. ¿Qué opina usted? Pensó servirse del cuchillo únicamente como herramienta.  -Quizá tenga usted razón -contestó Holmes encogiéndose de hombros-. Lo que yo puedo asegurar es que el señor Harrison es un caballerito de cuya compasión no me gustaría, ni muchísimo menos, tener que depender. |

La liga de los pelirrojos  
[Cuento. Texto completo]  
  
Arthur Conan Doyle

|  |
| --- |
| Había ido yo a visitar a mi amigo el señor Sherlock Holmes cierto día de otoño del año pasado, y me lo encontré muy enzarzado en conversación con un caballero anciano muy voluminoso, de cara rubicunda y cabellera de un subido color rojo. Iba yo a retirarme, disculpándome por mi entremetimiento, pero Holmes me hizo entrar bruscamente de un tirón, y cerró la puerta a mis espaldas.  -Mi querido Watson, no podía usted venir en mejor momento -me dijo con expresión cordial.  -Creí que estaba usted ocupado.  -Lo estoy, y muchísimo.  -Entonces puedo esperar en la habitación de al lado.  -De ninguna manera. Señor Wilson, este caballero ha sido compañero y colaborador mío en muchos de los casos que mayor éxito tuvieron, y no me cabe la menor duda de que también en el de usted me será de la mayor utilidad.  El voluminoso caballero hizo mención de ponerse en pie y me saludó con una inclinación de cabeza, que acompañó de una rápida mirada interrogadora de sus ojillos, medio hundidos en círculos de grasa.  -Tome asiento en el canapé -dijo Holmes, dejándose caer otra vez en su sillón, y juntando las yemas de los dedos, como era costumbre suya cuando se hallaba de humor reflexivo-. De sobra sé, mi querido Watson, que usted participa de mi afición a todo lo que es raro y se sale de los convencionalismos y de la monótona rutina de la vida cotidiana. Usted ha demostrado el deleite que eso le produce, como el entusiasmo que le ha impulsado a escribir la crónica de tantas de mis aventurillas, procurando embellecerlas hasta cierto punto, si usted me permite la frase.  -Desde luego, los casos suyos despertaron en mí el más vivo interés -le contesté.  -Recordará usted que hace unos días, antes que nos lanzásemos a abordar el sencillo problema que nos presentaba la señorita Mary Sutherland, le hice la observación de que los efectos raros y las combinaciones extraordinarias debíamos buscarlas en la vida misma, que resulta siempre de una osadía infinitamente mayor que cualquier esfuerzo de la imaginación.  -Sí, y yo me permití ponerlo en duda.  -En efecto, doctor, pero tendrá usted que venir a coincidir con mi punto de vista, porque, en caso contrario, iré amontonando y amontonando hechos sobre usted hasta que su razón se quiebre bajo su peso y reconozca usted que estoy en lo cierto. Pues bien: el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de venir a visitarme esta mañana, dando comienzo a un relato que promete ser uno de los más extraordinarios que he escuchado desde hace algún tiempo. Me habrá usted oído decir que las cosas más raras y singulares no se presentan con mucha frecuencia unidas a los crímenes grandes, sino a los pequeños, y también, de cuando en cuando, en ocasiones en las que puede existir duda de si, en efecto, se ha cometido algún hecho delictivo. Por lo que he podido escuchar hasta ahora, me es imposible afirmar si en el caso actual estamos o no ante un crimen; pero el desarrollo de los hechos es, desde luego, uno de los más sorprendentes de que he tenido jamás ocasión de enterarme. Quizá, señor Wilson, tenga usted la extremada bondad de empezar de nuevo el relato. No se lo pido únicamente porque mi amigo, el doctor Watson, no ha escuchado la parte inicial, sino también porque la índole especial de la historia despierta en mí el vivo deseo de oír de labios de usted todos los detalles posibles. Por regla general, me suele bastar una ligera indicación acerca del desarrollo de los hechos para guiarme por los millares de casos similares que se me vienen a la memoria. Me veo obligado a confesar que en el caso actual, y según yo creo firmemente, los hechos son únicos.  El voluminoso cliente enarcó el pecho, como si aquello le enorgulleciera un poco, y sacó del bolsillo interior de su gabán un periódico sucio y arrugado. Mientras él repasaba la columna de anuncios, adelantando la cabeza, después de alisar el periódico sobre sus rodillas, yo lo estudié a él detenidamente, esforzándome, a la manera de mi compañero, por descubrir las indicaciones que sus ropas y su apariencia exterior pudieran proporcionarme.  No saqué, sin embargo, mucho de aquel examen.  A juzgar por todas las señales, nuestro visitante era un comerciante inglés de tipo corriente, obeso, solemne y de lenta comprensión. Vestía unos pantalones abolsados, de tela de pastor, a cuadros grises; una levita negra y no demasiado limpia, desabrochada delante; chaleco gris amarillento, con albertina de pesado metal, de la que colgaba para adorno un trozo, también de metal, cuadrado y agujereado. A su lado, sobre una silla, había un raído sombrero de copa y un gabán marrón descolorido, con el arrugado cuello de terciopelo. En resumidas cuentas, y por mucho que yo lo mirase, nada de notable distinguí en aquel hombre, fuera de su pelo rojo vivísimo y la expresión de disgusto y de pesar extremados que se leía en sus facciones.  La mirada despierta de Sherlock Holmes me sorprendió en mi tarea, y mi amigo movió la cabeza, sonriéndome, en respuesta a las miradas mías interrogadoras:  -Fuera de los hechos evidentes de que en tiempos estuvo dedicado a trabajos manuales, de que toma rapé, de que es francmasón, de que estuvo en China y de que en estos últimos tiempos ha estado muy atareado en escribir no puedo sacar nada más en limpio.  El señor Jabez Wilson se irguió en su asiento, puesto el dedo índice sobre el periódico, pero con los ojos en mi compañero.  -Pero, por vida mía, ¿cómo ha podido usted saber todo eso, señor Holmes? ¿Cómo averiguó, por ejemplo, que yo he realizado trabajos manuales? Todo lo que ha dicho es tan verdad como el Evangelio, y empecé mi carrera como carpintero de un barco.  -Por sus manos, señor. La derecha es un número mayor de medida que su mano izquierda. Usted trabajó con ella, y los músculos de la misma están más desarrollados.  -Bien, pero ¿y lo del rapé y la francmasonería?  -No quiero hacer una ofensa a su inteligencia explicándole de qué manera he descubierto eso, especialmente porque, contrariando bastante las reglas de vuestra orden, usa usted un alfiler de corbata que representa un arco y un compás.  -¡Ah! Se me había pasado eso por alto. Pero ¿y lo de la escritura?  -Y ¿qué otra cosa puede significar el que el puño derecho de su manga esté tan lustroso en una anchura de cinco pulgadas, mientras que el izquierdo muestra una superficie lisa cerca del codo, indicando el punto en que lo apoya sobré el pupitre?  -Bien, ¿y lo de China?  -El pez que lleva usted tatuado más arriba de la muñeca sólo ha podido ser dibujado en China. Yo llevo realizado un pequeño estudio acerca de los tatuajes, y he contribuido incluso a la literatura que trata de ese tema. El detalle de colorear las escamas del pez con un leve color sonrosado es completamente característico de China. Si, además de eso, veo colgar de la cadena de su reloj una moneda china, el problema se simplifica aun más.  El señor Jabez Wilson se rió con risa torpona, y dijo:  -¡No lo hubiera creído! Al principio me pareció que lo que había hecho usted era una cosa por demás inteligente; pero ahora me doy cuenta de que, después de todo, no tiene ningún mérito.  -Comienzo a creer, Watson -dijo Holmes-, que es un error de parte mía el dar explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico,* como no ignora usted, y si yo sigo siendo tan ingenuo, mi pobre celebridad, mucha o poca, va a naufragar. ¿Puede enseñarme usted ese anuncio, señor Wilson?  -Sí, ya lo encontré -contestó él, con su dedo grueso y colorado fijo hacia la mitad de la columna-. Aquí está. De aquí empezó todo. Léalo usted mismo, señor.  Le quité el periódico, y leí lo que sigue:  «A la liga de los pelirrojos.- Con cargo al legado del difunto Ezekiah Hopkins, Penn., EE. UU., se ha producido otra vacante que da derecho a un miembro de la Liga a un salario de cuatro libras semanales a cambio de servicios de carácter puramente nominal. Todos los pelirrojos sanos de cuerpo y de inteligencia, y de edad superior a los veintiún años, pueden optar al puesto. Presentarse personalmente el lunes, a las once, a Duncan Ross. en las oficinas de la Liga, Pope's Court. núm. 7. Fleet Street.»  -¿Qué diablos puede significar esto? -exclamé después de leer dos veces el extraordinario anuncio.  Holmes se rió por lo bajo, y se retorció en su sillón, como solía hacer cuando estaba de buen humor.  -¿Verdad que esto se sale un poco del camino trillado? -dijo-. Y ahora, señor Wilson, arranque desde la línea de salida, y no deje nada por contar acerca de usted, de su familia y del efecto que el anuncio ejerció en la situación de usted. Pero antes, doctor, apunte el periódico y la fecha.  -Es el *Morning Chronicle* del veintisiete de abril de mil ochocientos noventa. Exactamente, de hace dos meses.  -Muy bien. Veamos, señor Wilson.  -Pues bien: señor Holmes, como le contaba a usted -dijo Jabez Wilson secándose el sudor de la frente-, yo poseo una pequeña casa de préstamos en Coburg Square, cerca de la City. El negocio no tiene mucha importancia, y durante los últimos años no me ha producido sino para ir tirando. En otros tiempos podía permitirme tener dos empleados, pero en la actualidad sólo conservo uno; y aun a éste me resultaría difícil poder pagarle, de no ser porque se conforma con la mitad de la paga, con el propósito de aprender el oficio.  -¿Cómo se llama este joven de tan buen conformar? -preguntó Sherlock Holmes.  -Se llama Vicente Spaulding, pero no es precisamente un mozalbete. Resultaría difícil calcular los años que tiene. Yo me conformaría con que un empleado mío fuese lo inteligente que es él; sé perfectamente que él podría ganar el doble de lo que yo puedo pagarle, y mejorar de situación. Pero, después de todo, si él está satisfecho, ¿por qué voy a revolverle yo el magín?  -Naturalmente, ¿por qué va usted a hacerlo? Es para usted una verdadera fortuna el poder disponer de un empleado que quiere trabajar por un salario inferior al del mercado. En una época como la que atravesamos no son muchos los patronos que están en la situación de usted. Me está pareciendo que su empleado es tan extraordinario como su anuncio.  -Bien, pero también tiene sus defectos ese hombre -dijo el señor Wilson-. Por ejemplo, el de largarse por ahí con el aparato fotográfico en las horas en que debería estar cultivando su inteligencia, para luego venir y meterse en la bodega, lo mismo que un conejo en la madriguera, a revelar sus fotografías. Ese es el mayor de sus defectos; pero, en conjunto, es muy trabajador. Y carece de vicios.  -Supongo que seguirá trabajando con usted.  -Sí, señor. Yo soy viudo, nunca tuve hijos, y en la actualidad componen mi casa él y una chica de catorce años, que sabe cocinar algunos platos sencillos y hacer la limpieza. Los tres llevamos una vida tranquila, señor; y gracias a eso estamos bajo techado, pagamos nuestras deudas, y no pasamos de ahí. Fue el anuncio lo que primero nos sacó de quicio. Spauling se presentó en la oficina, hoy hace exactamente ocho semanas, con este mismo periódico en la mano, y me dijo: «¡Ojalá Dios que yo fuese pelirrojo, señor Wilson!» Yo le pregunté: «¿De qué se trata?» Y él me contestó: «Pues que se ha producido otra vacante en la Liga de los Pelirrojos. Para quien lo sea equivale a una pequeña fortuna, y, según tengo entendido, son más las vacantes que los pelirrojos, de modo que los albaceas testamentarios andan locos no sabiendo qué hacer con el dinero. Si mi pelo cambiase de color, ahí tenía yo un huequecito a pedir de boca donde meterme.» «Pero bueno, ¿de qué se trata?», le pregunté. Mire, señor Holmes, yo soy un hombre muy de su casa. Como el negocio vino a mí, en vez de ir yo en busca del negocio, se pasan semanas enteras sin que yo ponga el pie fuera del felpudo de la puerta del local. Por esa razón vivía sin enterarme mucho de las cosas de fuera, y recibía con gusto cualquier noticia. «¿Nunca oyó usted hablar de la Liga de los Pelirrojos?», me preguntó con asombro. «Nunca.» «Sí que es extraño, siendo como es usted uno de los candidatos elegibles para ocupar las vacantes.» «Y ¿qué supone en dinero?», le pregunté. «Una minucia. Nada más que un par de centenares de libras al año, pero casi sin trabajo, y sin que le impidan gran cosa dedicarse a sus propias ocupaciones.» Se imaginará usted fácilmente que eso me hizo afinar el oído, ya que mi negocio no marchaba demasiado bien desde hacía algunos años, y un par de centenares de libras más me habrían venido de perlas. «Explíqueme bien ese asunto», le dije. «Pues bien -me contestó mostrándome el anuncio-: usted puede ver por sí mismo que la Liga tiene una vacante, y en el mismo anuncio viene la dirección en que puede pedir todos los detalles. Según a mí se me alcanza, la Liga fue fundada por un millonario norteamericano, Ezekiah Hopkins, hombre raro en sus cosas. Era pelirrojo, y sentía mucha simpatía por los pelirrojos; por eso, cuando él falleció, se vino a saber que había dejado su enorme fortuna encomendada a los albaceas, con las instrucciones pertinentes a fin de proveer de empleos cómodos a cuantos hombres tuviesen el pelo de ese mismo color. Por lo qué he oído decir, el sueldo es espléndido, y el trabajo, escaso.» Yo le contesté: «Pero serán millones los pelirrojos que los soliciten.» «No tantos como usted se imagina -me contestó-. Fíjese en que el ofrecimiento está limitado a los londinenses, y a hombres mayores de edad. El norteamericano en cuestión marchó de Londres en su juventud, y quiso favorecer a su vieja y querida ciudad. Me han dicho, además, que es inútil solicitar la vacante cuando se tiene el pelo de un rojo claro o de un rojo oscuro; el único que vale es el color rojo auténtico, vivo, llameante, rabioso. Si le interesase solicitar la plaza, señor Wilson, no tiene sino presentarse; aunque quizá no valga la pena para usted el molestarse por unos pocos centenares de libras.» La verdad es, caballeros, como ustedes mismos pueden verlo, que mi pelo es de un rojo vivo y brillante, por lo que me pareció que, si se celebraba un concurso, yo tenía tantas probabilidades de ganarlo como el que más de cuantos pelirrojos había encontrado en mi vida. Vicente Spaulding parecía tan enterado del asunto, que pensé que podría serme de utilidad; de modo, pues, que le di la orden de echar los postigos por aquel día y de acompañarme inmediatamente. Le cayó muy bien lo de tener un día de fiesta, de modo, pues, que cerramos el negocio, y marchamos hacia la dirección que figuraba en el anuncio. Yo no creo que vuelva a contemplar un espectáculo como aquél en mi vida, señor Holmes. Procedentes del Norte, del Sur, del Este y del Oeste, todos cuantos hombres tenían un algo de rubicundo en los cabellos se habían largado a la City respondiendo al anuncio. Fleet Street estaba obstruida de pelirrojos, y Pope's Court producía la impresión del carrito de un vendedor de naranjas. Jamás pensé que pudieran ser tantos en el país como los que se congregaron por un solo anuncio. Los había allí de todos los matices: rojo pajizo, limón, naranja, ladrillo, cerro *setter,* irlandés, hígado, arcilla. Pero, según hizo notar Spaulding, no eran muchos los de un auténtico rojo, vivo y llameante. Viendo que eran tantos los que esperaban, estuve a punto de renunciar, de puro desánimo; pero Spaulding no quiso ni oír hablar de semejante cosa. Yo no sé cómo se las arregló, pero el caso es que, a fuerza de empujar a éste, apartar al otro y chocar con el de más allá, me hizo cruzar por entre aquella multitud, llevándome hasta la escalera que conducía a las oficinas.  -Fue la suya una experiencia divertidísima -comentó Holmes, mientras su cliente se callaba y refrescaba su memoria con un pellizco de rapé-. Prosiga, por favor, el interesante relato.  -En la oficina no había sino un par de sillas de madera y una mesa de tabla, a la que estaba sentado un hombre pequeño, y cuyo pelo era aún más rojo que el mío. Conforme se presentaban los candidatos les decía algunas palabras, pero siempre se las arreglaba para descalificarlos por algún defectillo. Después de todo, no parecía cosa tan sencilla el ocupar una vacante. Pero cuando nos llegó la vez a nosotros, el hombrecito se mostró más inclinado hacia mí que hacia todos los demás, y cerró la puerta cuando estuvimos dentro, a fin de poder conversar reservadamente con nosotros. «Este señor se llama Jabez Wilson -le dijo mi empleado-, y desearía ocupar la vacante que hay en la Liga.» «Por cierto que se ajusta a maravilla para el puesto -contestó el otro-. Reúne todos los requisitos. No recuerdo desde cuándo no he visto pelo tan hermoso.» Dio un paso atrás, torció a un lado la cabeza, y me estuvo contemplando el pelo hasta que me sentí invadido de rubor. Y de pronto, se abalanzó hacia mí, me dio un fuerte apretón de manos y me felicitó calurosamente por mi éxito. «El titubear constituiría una injusticia -dijo-. Pero estoy seguro de que sabrá disculpar el que yo tome una precaución elemental.» Y acto continuo me agarró del pelo con ambas manos, y tiró hasta hacerme gritar de dolor. Al soltarme, me dijo: «Tiene usted lágrimas en los ojos, de lo cual deduzco que no hay trampa. Es preciso que tengamos sumo cuidado, porque ya hemos sido engañados en dos ocasiones, una de ellas con peluca postiza, y la otra, con el tinte. Podría contarle a usted anécdotas del empleo de cera de zapatero remendón, como para que se asquease de la condición humana.» Dicho esto se acercó a la ventana, y anunció a voz en grito a los que estaban debajo que había sido ocupada la vacante. Se alzó un gemido de desilusión entre los que esperaban, y la gente se desbandó, no quedando más pelirrojos a la vista que mi gerente y yo. «Me llamo Duncan Ross -dijo éste-, y soy uno de los que cobran pensión procedente del legado de nuestro noble bienhechor. ¿Es usted casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?» Contesté que no la tenía. La cara de aquel hombre se nubló en el acto, y me dijo con mucha gravedad: «¡ Vaya por Dios, qué inconveniente más grande! ¡Cuánto lamento oírle decir eso! Como es natural, la finalidad del legado es la de que aumenten y se propaguen los pelirrojos, y no sólo su conservación. Es una gran desgracia que usted sea un hombre sin familia.» También mi cara se nubló al oír aquello, señor Holmes, viendo que, después de todo, se me escapaba, la vacante; pero, después de pensarlo por espacio de algunos minutos, sentenció que eso no importaba. «Tratándose de otro -dijo-, esa objeción podría ser fatal; pero estiraremos la cosa en favor de una persona de un pelo como el suyo. ¿Cuándo podrá usted hacerse cargo de sus nuevas obligaciones?» «Hay un pequeño inconveniente, puesto que yo tengo un negocio mío», contesté. «¡Oh! No se preocupe por eso, señor Wilson -dijo Vicente Spaulding-. Yo me cuidaré de su negocio.» «¿Cuál será el horario?», pregunté. «De diez a dos.» Pues bien: el negocio de préstamos se hace principalmente a eso del anochecido, señor Holmes, especialmente los jueves y los viernes, es decir, los días anteriores al de paga; me venía, pues, perfectamente el ganarme algún dinerito por las mañanas. Además, yo sabía que mi empleado es una buena persona y que atendería a todo lo que se le presentase. «Ese horario me convendría perfectamente -le dije-. ¿Y el sueldo?» «Cuatro libras a la semana.» «¿En qué consistirá el trabajo?» «El trabajo es puramente nominal.» «¿Qué entiende usted por puramente nominal?» «Pues que durante esas horas tendrá usted que hacer acto de presencia en esta oficina, o, por lo menos, en este edificio. Si usted se ausenta del mismo, pierde para siempre su empleo. Sobre este punto es terminante el testamento. Si usted se ausenta de la oficina en estas horas, falta a su compromiso.» «Son nada más que cuatro horas al día, y no se me ocurrirá ausentarme», le contesté. «Si lo hiciese, no le valdrían excusas -me dijo el señor Duncan Ross-. Ni por enfermedad, negocios, ni nada. Usted tiene que permanecer aquí, so pena de perder la colocación.» «¿Y el trabajo?» «Consiste en copiar la *Enciclopedia Británica.* En este estante tiene usted el primer volumen. Usted tiene que procurarse tinta, plumas y papel secante; pero nosotros le suministramos esta mesa y esta silla. ¿Puede usted empezar mañana?» «Desde luego que sí», le contesté. «Entonces, señor Jabez Wilson, adiós, y permítame felicitarle una vez más por el importante empleo que ha tenido usted la buena suerte de conseguir.» Se despidió de mí con una reverencia, indicándome que podía retirarme, y yo me volví a casa con mi empleado, sin saber casi qué decir ni qué hacer, de tan satisfecho como estaba con mi buena suerte. Pues bien: me pasé el día dando vueltas en mi cabeza al asunto, y para cuando llegó la noche, volví a sentirme abatido, porque estaba completamente convencido de que todo aquello no era sino una broma o una superchería, aunque no acertaba a imaginarme qué finalidad podían proponerse. Parecía completamente imposible que hubiese nadie capaz de hacer un testamento semejante, y de pagar un sueldo como aquél por un trabajo tan sencillo como el de copiar la *Enciclopedia Británica.* Vicente Spaulding hizo todo cuanto le fue posible por darme ánimos, pero a la hora de acostarme había yo acabado por desechar del todo la idea. Sin embargo, cuando llegó la mañana resolví ver en qué quedaba aquello, compré un frasco de tinta de a penique, me proveí de una pluma de escribir y de siete pliegos de papel de oficio, y me puse en camino para Pope's Court. Con gran sorpresa y satisfacción mía, encontré las cosas todo lo bien que podían estar. La mesa estaba a punto, y el señor Duncan Ross, presente para cerciorarse de que yo me ponía a trabajar. Me señaló para empezar la letra *A, y* luego se retiró; pero de cuando en cuando aparecía por allí para comprobar que yo seguía en mi sitio. A las dos me despidió, me felicitó por la cantidad de trabajo que había hecho, y cerró la puerta del despacho después de salir yo. Un día tras otro, las cosas siguieron de la misma forma, y el gerente se presentó el sábado, poniéndome encima de la mesa cuatro soberanos de oro, en pago del trabajo que yo había realizado durante la semana. Lo mismo ocurrió la semana siguiente, y la otra. Me presenté todas las mañanas a las diez, y me ausenté a las dos. Poco a poco, el señor Duncan Ross se limitó a venir una vez durante la mañana, y al cabo de un tiempo dejó de venir del todo. Como es natural, yo no me atreví, a pesar de eso, a ausentarme de la oficina un sólo momento, porque no tenía la seguridad de que él no iba a presentarse, y el empleo era tan bueno, y me venía tan bien, que no me arriesgaba a perderlo. Transcurrieron de idéntica manera ocho semanas, durante las cuales yo escribí lo referente a los Abades, Arqueros, Armaduras, Arquitectura y Ática, esperanzado de llegar, a fuerza de diligencia, muy pronto a la b. Me gasté algún dinero en papel de oficio, y ya tenía casi lleno un estante con mis escritos. Y de pronto se acaba todo el asunto.  -¿Que se acabó?  -Sí, señor. Y eso ha ocurrido esta mañana mismo. Me presenté, como de costumbre, al trabajo a las diez; pero la puerta estaba cerrada con llave, y en mitad de la hoja de la misma, clavado con una tachuela, había un trocito de cartulina. Aquí lo tiene, puede leerlo usted mismo.  Nos mostró un trozo de cartulina blanca, más o menos del tamaño de un papel de cartas, que decía lo siguiente:  Ha Quedado Disuelta  La Liga De Los Pelirrojos  9 Octubre 1890  Sherlock Holmes y yo examinamos aquel breve anuncio y la cara afligida que había detrás del mismo, hasta que el lado cómico del asunto se sobrepuso de tal manera a toda otra consideración, que ambos rompimos en una carcajada estruendosa.  -Yo no veo que la cosa tenga nada de divertida -exclamó nuestro cliente sonrojándose hasta la raíz de sus rojos cabellos-. Si no pueden ustedes hacer en favor mío otra cosa que reírse, me dirigiré a otra parte.  -No, no -le contestó Holmes empujándolo hacia el sillón del que había empezado a levantarse-. Por nada del mundo me perdería yo este asunto suyo. Se sale tanto de la rutina, que resulta un descanso. Pero no se me ofenda si le digo que hay en el mismo algo de divertido. Vamos a ver, ¿qué pasos dio usted al encontrarse con ese letrero en la puerta?  -Me dejó de una pieza, señor. No sabía qué hacer. Entré en las oficinas de al lado, pero nadie sabía nada. Por último, me dirigí al dueño de la casa, que es contador y vive en la planta baja, y le pregunté si podía darme alguna noticia sobre lo ocurrido a la Liga de los Pelirrojos. Me contestó que jamás había oído hablar de semejante sociedad. Entonces le pregunté por el señor Duncan Ross, y me contestó que era la vez primera que oía ese nombre. «Me refiero, señor, al caballero de la oficina número cuatro», le dije. «¿Cómo? ¿El caballero pelirrojo?» «Ese mismo.» «Su verdadero nombre es William Morris. Se trata de un procurador, y me alquiló la habitación temporalmente, mientras quedaban listas sus propias oficinas. Ayer se trasladó a ellas.» «Y ¿dónde podría encontrarlo?» «En sus nuevas oficinas. Me dió su dirección. Eso es, King Edward Street, número diecisiete, junto a San Pablo.» Marché hacia allí, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección me encontré con que se trataba de una fábrica de rodilleras artificiales, y nadie había oído hablar allí del señor William Morris, ni del señor Duncan Ross.  -Y ¿qué hizo usted entonces? -le preguntó Holmes.  -Me dirigí a mi casa de Saxe-Coburg Square, y consulté con mi empleado. No supo darme ninguna solución, salvo la de decirme que esperase, porque con seguridad que recibiría noticias por carta. Pero esto no me bastaba, señor Holmes. Yo no quería perder una colocación como aquélla así como así; por eso, como había oído decir que usted llevaba su bondad hasta aconsejar a la pobre gente que lo necesita, me vine derecho a usted.  -Y obró usted con gran acierto -dijo Holmes-.  El caso de usted resulta extraordinario, y lo estudiaré con sumo gusto. De lo que usted me ha informado, deduzco que aquí están en juego cosas mucho más graves de lo que a primera vista parece.  -¡Que si se juegan cosas graves! -dijo el señor Jabez Wilson-. Yo, por mi parte, pierdo nada menos que cuatro libras semanales.  -Por lo que a usted respecta -le hizo notar Holmes-, no veo que usted tenga queja alguna contra esta extraordinaria Liga. Todo lo contrario; por lo que le he oído decir, usted se ha embolsado unas treinta libras, dejando fuera de consideración los minuciosos conocimientos que ha adquirido sobre cuantos temas caen bajo la letra *A.* A usted no le han causado ningún perjuicio.  -No, señor. Pero quiero saber de esa gente, enterarme de quiénes son, y qué se propusieron haciéndome esta jugarreta, porque se trata de una jugarreta. La broma les salió cara, ya que les ha costado treinta y dos libras.  -Procuraremos ponerle en claro esos extremos. Empecemos por un par de preguntas, señor Wilson. Ese empleado suyo, que fue quien primero le llamó la atención acerca del anuncio, ¿qué tiempo llevaba con usted?  -Cosa de un mes.  -¿Cómo fue el venir a pedirle empleo?  -Porque puse un anuncio.  -¿No se presentaron más aspirantes que él?  -Se presentaron en número de una docena.  -¿Por qué se decidió usted por él?  -Porque era listo y se ofrecía barato.  -A mitad de salario, ¿verdad?  -Sí.  -¿Cómo es ese Vicente Spaulding?  -Pequeño, grueso, muy activo, imberbe, aunque no bajará de los treinta años. Tiene en la frente una mancha blanca, de salpicadura de algún ácido.  Holmes se irguió en su asiento, muy excitado, y dijo:  -Me lo imaginaba. ¿Nunca se fijó usted en si tiene las orejas agujereadas como para llevar pendientes?  -Sí, señor. Me contó que se las había agujereado una gitana cuando era todavía muchacho.  -¡Ejem!-dijo Holmes recostándose de nuevo en su asiento-. Y ¿sigue todavía en casa de usted?  - Sí, señor; no hace sino un instante que lo dejé.  -¿Y estuvo bien atendido el negocio de usted durante su ausencia?  -No tengo queja alguna, señor. De todos modos, poco es el negocio que se hace por las mañanas.  -Con esto me basta, señor Wilson. Tendré mucho gusto en exponerle mi opinión acerca de este asunto dentro de un par de días. Hoy es sábado; espero haber llegado a una conclusión allá para el lunes.  \* \* \*  -Veamos, Watson -me dijo Holmes una vez que se hubo marchado nuestro visitante-. ¿Qué saca usted en limpio de todo esto?  -Yo no saco nada -le contesté con franqueza-. Es un asunto por demás misterioso.  -Por regla general -me dijo Holmes-, cuanto más estrambótica es una cosa, menos misteriosa suele resultar. Los verdaderamente desconcertantes son esos crímenes vulgares y adocenados, de igual manera que un rostro corriente es el más difícil de identificar. Pero en este asunto de ahora tendré que actuar con rapidez.  -Y ¿qué va usted a hacer? -le pregunté.  -Fumar -me respondió-. Es un asunto que me llevará sus tres buenas pipas, y yo le pido a usted que no me dirija la palabra durante cincuenta minutos.  Sherlock Holmes se hizo un ovillo en su sillón, levantando las rodillas hasta tocar su nariz aguileña, y de ese modo permaneció con los ojos cerrados y la negra pipa de arcilla apuntando fuera, igual que el pico de algún extraordinario pajarraco. Yo había llegado a la conclusión de que se había dormido, y yo mismo estaba cabeceando; pero Holmes saltó de pronto de su asiento con el gesto de un hombre que ha tomado una resolución, y dejó la pipa encima de la repisa de la chimenea, diciendo:  -Esta tarde toca Sarasate en St. James Hall. ¿Qué opina usted, Watson? ¿Pueden sus enfermos prescindir de usted durante algunas horas?  -Hoy no tengo nada que hacer. Mi clientela no me acapara nunca mucho.  -En ese caso, póngase el sombrero y acompáñeme. Pasaré primero por la City, y por el camino podemos almorzar alguna cosa. Me he fijado en que el programa incluye mucha música alemana, que resulta más de mi gusto que la italiana y la francesa. Es música introspectiva, y yo quiero hacer un examen de conciencia. Vamos.  Hasta Aldersgate hicimos el viaje en el ferrocarril subterráneo; un corto paseo nos llevó hasta Saxe-Coburg Square, escenario del extraño relato que habíamos escuchado por la mañana. Era ésta una placita ahogada, pequeña, de quiero y no puedo, en la que cuatro hileras de desaseadas casas de ladrillo de dos pisos miraban a un pequeño cercado, de verjas, dentro del cual una raquítica cespedera y unas pocas matas de ajado laurel luchaban valerosamente contra una atmósfera cargada de humo y adversa. Tres bolas doradas y un rótulo marrón con el nombre «Jabez Wilson», en letras blancas, en una casa que hacía esquina, servían de anuncio al local en que nuestro pelirrojo cliente realizaba sus transacciones. Sherlock Holmes se detuvo delante del mismo, ladeó la cabeza y lo examinó detenidamente con ojos que brillaban entre sus encogidos párpados. Después caminó despacio calle arriba, y luego calle abajo hasta la esquina, siempre con la vista clavada en los edificios. Regresó, por último, hasta la casa del prestamista, y, después de golpear con fuerza dos o tres veces en el suelo con el bastón, se acercó a la puerta y llamó. Abrió en el acto un joven de aspecto despierto, bien afeitado, y le invitó a entrar.  -No, gracias; quería sólo preguntar por dónde se va a Stran -dijo Holmes.  -Tres a la derecha, y luego cuatro a la izquierda contestó el empleado, apresurándose a cerrar.  -He ahí un individuo listo -comentó Holmes cuando nos alejábamos-. En mi opinión, es el cuarto en listeza de Londres, y en cuanto a audacia, quizá pueda aspirar a ocupar el tercer lugar. He tenido antes de ahora ocasión de intervenir en asuntos relacionados con él.  -Esevidente -dije yo- que el empleado del señor Wilson entre por mucho en este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted le preguntó el camino únicamente para tener ocasión de echarle la vista encima.  -No a él.  -¿A quién, entonces?  -A las rodilleras de sus pantalones.  -¿Y qué vio usted en ellas?  -Lo que esperaba ver.  -¿Y por qué golpeó usted el suelo de la acera?  -Mi querido doctor, éstos son momentos de observar, no de hablar. Somos espías en campo enemigo. Ya sabemos algo de Saxe-Coburg Square. Exploremos ahora las travesías que tiene en su parte posterior.  La carretera por la que nos metimos al doblar la esquina de la apartada plaza de Saxe-Coburg presentaba con ésta el mismo contraste que la cara de un cuadro con su reverso. Estábamos ahora en una de las arterias principales por donde discurre el tráfico de la City hacia el Norte y hacia el Oeste. La calzada se hallaba bloqueada por el inmenso río del tráfico comercial que fluía en una doble marea hacia dentro y hacia fuera, en tanto que los andenes hormigueaban de gentes que caminaban presurosas. Contemplando la hilera de tiendas elegantes y de magníficos locales de negocio, resultaba difícil hacerse a la idea de que, en efecto, desembocasen por el otro lado en la plaza descolorida y muerta que acabábamos de dejar.  -Veamos -dijo Holmes, en pie en la esquina y dirigiendo su vista por la hilera de edificios adelante-. Me gustaría poder recordar el orden en que están aquí las casas. Una de mis aficiones es la de conocer Londres al dedillo. Tenemos el Mortimer's, el despacho de tabacos, la tiendecita de periódicos, la sucursal Coburg del City and Suburban Bank, el restaurante vegetalista y el depósito de las carrocerías McFarlane. Y con esto pasamos a la otra manzana, Y ahora, doctor, ya hemos hecho nuestra trabajo, y es tiempo de que tengamos alguna distracción. Un bocadillo, una taza de café, y acto seguido a los dominios del violín, donde todo es dulzura, delicadeza y armonía, y donde no existen clientes pelirrojos que nos molesten con sus rompecabezas.  Era mi amigo un músico entusiasta que no se limitaba a su gran destreza de ejecutante, sino que escribía composiciones de verdadero mérito. Permaneció toda la tarde sentado en su butaca sumido en la felicidad más completa; de cuando en cuando marcaba gentilmente con el dedo el compás de la música, mientras que su rostro de dulce sonrisa y sus ojos ensoñadores se parecían tan poco a los de Holmes el sabueso, a los de Holmes el perseguidor implacable, agudo, ágil, de criminales, como es posible concebir. Los dos aspectos de su singular temperamento se afirmaban alternativamente, y su extremada exactitud y astucia representaban, según yo pensé muchas veces, la reacción contra el humor poético y contemplativo que, en ocasiones, se sobreponía dentro de él. Ese vaivén de su temperamento lo hacía pasar desde la más extrema languidez a una devoradora energía; y, según yo tuve oportunidad de saberlo bien, no se mostraba nunca tan verdaderamente formidable como cuando se había pasado días enteros descansando ociosamente en su sillón, entregado a sus improvisaciones y a sus libros de letra gótica. Era entonces cuando le acometía de súbito el anhelo vehemente de la caza, y cuando su brillante facultad de razonar se elevaba hasta el nivel de la intuición, llegando al punto de que quienes no estaban familiarizados con sus métodos le mirasen de soslayo, como a persona cuyo saber no era el mismo de los demás mortales. Cuando aquella tarde lo vi tan arrebujado en la música de St. James Hall, tuve la sensación de que quizá se les venían encima malos momentos a aquellos en cuya persecución se había lanzado.  -Seguramente que querrá usted ir a su casa, doctor -me dijo cuando salíamos.  -Sí, no estaría de más.  -Y yo tengo ciertos asuntos que me llevarán varias horas. Este de la plaza de Coburg es cosa grave.  -¿Cosa grave? ¿Por qué?  -Está preparándose un gran crimen. Tengo toda clase de razones para creer que llegaremos a tiempo de evitarlo. Pero el ser hoy sábado complica bastante las cosas. Esta noche lo necesitaré a usted.  -¿A qué hora?  -Con que venga a las diez será suficiente.  -Estaré a las diez en Baker Street.  -Perfectamente. ¡Oiga, doctor! Échese el revólver al bolsillo, porque quizá la cosa sea peligrosilla.  Me saludó con un vaivén de la mano, giró sobre sus tacones, y desapareció instantáneamente entre la multitud.  Yo no me tengo por más torpe que mis convecinos, pero siempre que tenía que tratar con Sherlock Holmes me sentía como atenazado por mi propia estupidez. En este caso de ahora, yo había oído todo lo que él había oído, había visto lo que él había visto, y, sin embargo, era evidente, a juzgar por sus palabras, que él veía con claridad no solamente lo que había ocurrido, sino también lo que estaba a punto de ocurrir, mientras que a mí se me presentaba todavía todo el asunto como grotesco y confuso. Mientras iba en coche hasta mi casa de Kensington, medité sobre todo lo ocurrido, desde el extraordinario relato del pelirrojo copista de la *Enciclopedia,* hasta la visita a Saxe-Coburg Square, y las frases ominosas con que Holmes se había despedido de mí. ¿Qué expedición nocturna era aquélla, y por qué razón tenía yo que ir armado? ¿Adonde iríamos, y qué era lo que teníamos que hacer? Holmes me había insinuado que el empleado barbilampiño del prestamista era un hombre temible, un hombre que quizá estaba desarrollando un juego de gran alcance. Intenté desenredar el enigma, pero renuncié a ello con desesperanza, dejando de lado el asunto hasta que la noche me trajese una explicación.  Eran las nueve y cuarto cuando salí de mi casa y me encaminé, cruzando el Parque y siguiendo por Oxford Street, hasta Baker Street. Había parados delante de la puerta dos coches *hanso,* y al entrar en el Vestíbulo oí ruido de voces en el piso superior. Al entrar en la habitación de Holmes, encontré a éste en animada conversación con dos hombres, en uno de los cuales reconocí al agente oficial de Policía Peter Jones; el otro era un hombre alto, delgado, caritristón, de sombrero muy lustroso y levita abrumadoramente respetable.  -¡Aja! Ya está completa nuestra expedición -dijo Holmes, abrochándose la zamarra de marinero y cogiendo del perchero su pesado látigo de caza-. Creo que usted, Watson. conoce ya al señor Jones, de Scotlan Yard. Permítame que le presente al señor Merryweather, que será esta noche compañero nuestro de aventuras.  -Otra vez salimos de caza por parejas, como usted ve, doctor -me dijo Jones con su prosopopeya habitual-. Este amigo nuestro es asombroso para levantar la pieza. Lo que él necesita es un perro viejo que le ayude a cazarla.  -Espero que, al final de nuestra caza, no resulte que hemos estado persiguiendo fantasmas -comentó, lúgubre, el señor Merryweather.  -Caballero, puede usted depositar una buena dosis de confianza en el señor Holmes -dijo con engreimiento el agente de Policía-. Él tiene pequeños métodos propios, y éstos son, si él no se ofende porque yo se lo diga, demasiado teóricos y fantásticos, pero lleva dentro de sí mismo a un detective hecho y derecho. No digo nada de más afirmando que en una o dos ocasiones, tales como el asunto del asesinato de Sholto y del tesoro de Agra, ha andado más cerca de la verdad que la organización policíaca.  -Me basta con que diga usted eso, señor Jones -respondió con deferencia el desconocido-. Pero reconozco que echo de menos mi partida de cartas. Por vez primera en veintisiete años, dejo de jugar mi partida de cartas un sábado por la noche.  -Creo-le hizo notar Sherlock Holmes -que esta noche se juega usted algo de mucha mayor importancia que todo lo que se ha jugado hasta ahora, y que la partida le resultará más emocionante. Usted, señor Merryweather, se juega unas treinta mil libras esterlinas, y usted, Jones, la oportunidad de echarle el guante al individuo a quien anda buscando.  -A John Clay, asesino, ladrón, quebrado fraudulento y falsificador. Se trata de un individuo joven, señor Merryweather, pero marcha a la cabeza de su profesión, y preferiría esposarlo a él mejor que a ningún otro de los criminales de Londres. Este John Clay es hombre extraordinario. Su abuelo era duque de sangre real, y el nieto cursó estudios en Eton y en Oxford. Su cerebro funciona con tanta destreza como sus manos, y aunque encontramos rastros suyos a la vuelta de cada esquina, jamás sabemos dónde dar con él. Esta semana violenta una casa en Escocia, y a la siguiente va y viene por Cornwall recogiendo fondos para construir un orfanato. Llevo persiguiéndolo varios años, y nunca pude ponerle los ojos encima.  -Espero tener el gusto de presentárselo esta noche. También yo he tenido mis más y mis menos con el señor John Clay, y estoy de acuerdo con usted en que va a la cabeza de su profesión. Pero son ya las diez bien pasadas, y es hora de que nos pongamos en camino. Si ustedes suben en el primer coche, Watson y yo los seguiremos en el segundo.  Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante nuestro largo trayecto en coche, y se arrellanó en su asiento tarareando melodías que había oído aquella tarde. Avanzamos traqueteando por un laberinto inacabable de calles alumbradas con gas, y desembocamos, por fin, en Farringdon Street.  -Ya estamos llegando -comentó mi amigo-. Este Merryweather es director de un Banco, y el asunto le interesa de una manera personal. Me pareció asimismo bien el que nos acompañase Jones. No es mala persona, aunque en su profesión resulte un imbécil perfecto. Posee una positiva buena cualidad. Es valiente como un *bull-dog, y* tan tenaz como una langosta cuando cierra sus garras sobre alguien. Ya hemos llegado, y nos esperan.  Estábamos en la misma concurrida arteria que habíamos visitado por la mañana. Despedimos a nuestros coches y, guiados por el señor Merryweather, nos metimos por un estrecho pasaje, y cruzamos una puerta lateral que se abrió al llegar nosotros. Al otro lado había un corto pasillo, que terminaba en una pesadísima puerta de hierro. También ésta se abrió, dejándonos pasar a una escalera de piedra y en curva, que terminaba en otra formidable puerta. El señor Merryweather se detuvo para encender una linterna, y luego nos condujo por un corredor oscuro y que olía a tierra; luego, después de abrir una tercera puerta, desembocamos en una inmensa bóveda o bodega en que había amontonadas por todo su alrededor jaulas de embalaje con cajas macizas dentro.  -Desde arriba no resulta usted muy vulnerable -hizo notar Holmes, manteniendo en alto la linterna y revisándolo todo con la mirada.  -Ni desde abajo -dijo el señor Merryweather golpeando con su bastón en las losas con que estaba empedrado el suelo-. ¡Por vida mía, esto suena a hueco! -exclamó, alzando sorprendido la vista.  -Me veo obligado a pedir a usted que permanezca un poco más tranquilo -le dijo con severidad Holmes-. Acaba usted de poner en peligro todo el éxito de la expedición. ¿Puedo pedirle que tenga la bondad de sentarse encima de una de estas cajas, sin intervenir en nada?  El solemne señor Merryweather se encaramó a una de las jaulas de embalaje mostrando gran disgusto en su cara, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, sirviéndose de la linterna y de una lente de aumento, comenzó a escudriñar minuciosamente las rendijas entre losa y losa. Le bastaron pocos segundos para llegar al convencimiento, porque se puso ágilmente en pie y se guardó su lente en el bolsillo.  -Tenemos por delante lo menos una hora -dijo a modo de comentario-, porque nada pueden hacer mientras el prestamista no se haya metido en la cama. Pero cuando esto ocurra, pondrán inmediatamente manos a la obra, pues cuanto antes le den fin, más tiempo les quedará para la fuga. Doctor, en este momento nos encontramos, según usted habrá ya adivinado, en los sótanos de la sucursal que tiene en la City uno de los principales bancos londinenses. El señor Merryweather es el presidente del Consejo de dirección, y él explicará a usted por qué razones puede esta bodega despertar ahora mismo vivo interés en los criminales más audaces de Londres.  -Se trata del oro francés que aquí tenemos-cuchicheó el director-. Hemos recibido ya varias advertencias de que quizá se llevase a cabo una tentativa para robárnoslo.  -¿El oro francés?  -Sí. Hace algunos meses se nos presentó la conveniencia de reforzar nuestros recursos, y para ello tomamos en préstamo treinta mil napoleones oro al Banco de Francia. Ha corrido la noticia de que no habíamos tenido necesidad de desempaquetar el dinero, y que éste se encuentra aún en nuestra bodega. Esta jaula sobre la que estoy sentado encierra dos mil napoleones empaquetados entre capas superpuestas de plomo. En este momento, nuestras reservas en oro son mucho más elevadas de lo que es corriente guardar en una sucursal, y el Consejo de dirección tenía sus recelos por este motivo.  -Recelos que estaban muy justificados -hizo notar Holmes-. Es hora ya de que pongamos en marcha nuestros pequeños planes. Calculo que de aquí a una hora las cosas habrán hecho crisis. Para empezar, señor Merryweather, es preciso que corra la pantalla de esta linterna sorda.  -¿Y vamos a permanecer en la oscuridad?  -Eso me temo. Traje conmigo un juego de cartas, pensando que, en fin de cuentas, siendo como somos una *partie carree,* quizá no se quedara usted sin echar su partidita habitual. Pero, según he observado, los preparativos del enemigo se hallan tan avanzados, que no podemos correr el riesgo de tener luz encendida. Y. antes que nada, tenemos que tomar posiciones. Esta gente es temeraria y, aunque los situaremos en desventaja, podrían causarnos daño si no andamos con cuidado. Yo me situaré detrás de esta jaula, y ustedes escóndanse detrás de aquéllas. Cuando yo los enfoque con una luz, ustedes los cercan rápidamente. Si ellos hacen fuego, no sienta remordimientos de tumbarlos a tiros, Watson.  Coloqué mi revólver, con el gatillo levantado, sobre la caja de madera detrás de la cual estaba yo parapetado. Holmes corrió la cortina delantera de su linterna, y nos dejó; sumidos en negra oscuridad, en la oscuridad más absoluta en que yo me encontré hasta entonces. El olor del metal caliente seguía atestiguándonos que la luz estaba encendida, pronta a brillar instantáneamente. Aquellas súbitas tinieblas, y el aire frío y húmedo de la bodega, ejercieron una impresión deprimente y amortiguadora sobre mis nervios, tensos por la más viva expectación.  -Sólo les queda un camino para la retirada -cuchicheó Holmes-; el de volver a la casa y salir a Saxe-Coburg Square. Habrá usted hecho ya lo que le pedí, ¿verdad?  -Un inspector y dos funcionarios esperan en la puerta delantera.  -Entonces, les hemos tapado todos los agujeros. Silencio, pues, y a esperar.  ¡Qué larguísimo resultó aquello! Comparando notas más tarde, resulta que la espera fue de una hora y cuarto, pero yo tuve la sensación de que había transcurrido la noche y que debía de estar alboreando por encima de nuestras cabezas. Tenía los miembros entumecidos y cansados, porque no me atrevía a cambiar de postura, pero mis nervios habían alcanzado el más alto punto de tensión, y mi oído se había agudizado hasta el punto de que no sólo escuchaba la suave respiración de mis compañeros, sino que distinguía por su mayor volumen la inspiración del voluminoso Jones, de la nota suspirante del director del Banco. Desde donde yo estaba, podía mirar por encima del cajón hacia el piso de la bodega. Mis ojos percibieron de pronto el brillo de una luz.  Empezó por ser nada más que una leve chispa en las losas del empedrado, y luego se alargó hasta convertirse en una línea amarilla; de pronto, sin ninguna advertencia ni ruido, pareció abrirse un desgarrón, y apareció una mano blanca, femenina casi, que tanteó por el centro de la pequeña superficie de luz. Por espacio de un minuto o más, sobresalió la mano del suelo, con sus inquietos dedos. Se retiró luego tan súbitamente como había aparecido, y todo volvió a quedar sumido en la oscuridad, menos una chispita cárdena, reveladora de una grieta entre las losas.  Pero esa desaparición fue momentánea. Una de las losas, blancas y anchas, giró sobre uno de sus lados, produciendo un ruido chirriante, de desgarramiento, dejando abierto un hueco cuadrado, por el que se proyectó hacia fuera la luz de una linterna. Asomó por encima de los bordes una cara barbilampiña, infantil, que miró con gran atención a su alrededor y luego, haciendo palanca con las manos a un lado y otro de la abertura, se lanzó hasta sacar primero los hombros, luego la cintura, y apoyó por fin una rodilla encima del borde. Un instante después se irguió en pie a un costado del agujero, ayudando a subir a un compañero, delgado y pequeño como él, de cara pálida y una mata de pelo de un rojo vivo.  -No hay nadie -cuchicheó-. ¿Tienes el cortafrío y los talegos?... ¡Válgame Dios! ¡Salta, Archie, salta; yo le haré frente!  Sherlock Holrnes había saltado de su escondite, agarrando al intruso por el cuello de la ropa. El otro se zambulló en el agujero, y yo pude oír el desgarrón de sus faldones en los que Jones había hecho presa. Centelleó la luz en el cañón de un revólver, pero el látigo de caza de Holmes cayó sobre la muñeca del individuo, y el arma fue a parar al suelo, produciendo un ruido metálico sobre las losas.  -Es inútil, John Clay -le dijo Holmes, sin alterarse-; no tiene usted la menor probabilidad a su favor.  -Ya lo veo-contestó el otro con la mayor sangre fría-. Supongo que mi compañero está a salvo, aunque, por lo que veo, se han quedado ustedes con las colas de su chaqueta.  -Le esperan tres hombres a la puerta -le dijo Holmes.  -¿Ah, sí? Por lo visto no se le ha escapado a usted detalle. Le felicito.  -Y yo a usted -le contestó Holmes-. Su idea de los pelirrojos tuvo gran novedad y eficacia.  -En seguida va usted a encontrarse con su compinche -dijo Jones-. Es más ágil que yo descolgándose por los agujeros. Alargue las manos mientras le coloco las pulseras.  -Haga el favor de no tocarme con sus manos sucias -comentó el preso, en el momento en que se oyó el clic de las esposas al cerrarse-. Quizá ignore que corre por mis venas sangre real. Tenga también la amabilidad de darme el tratamiento de *señor* y de pedirme las cosas *por favor.*  *-*Perfectamente-dijo Jones, abriendo los ojos y con una risita-. ¿Se digna, señor, caminar escaleras arriba, para que podamos llamar a un coche y conducir a su alteza hasta la Comisaría?  -Así está mejor -contestó John Clay serenamente. Nos saludó a los tres con una gran inclinación cortesana, y salió de allí tranquilo, custodiado por el detective.  -Señor Holmes -dijo el señor Merryweather, mientras íbamos tras ellos, después de salir de la bodega-, yo no sé cómo podrá el Banco agradecérselo y recompensárselo. No cabe duda de que usted ha sabido descubrir y desbaratar del modo más completo una de las tentativas más audaces de robo de bancos que yo he conocido.  -Tenía mis pequeñas cuentas que saldar con el señor John Clay-contestó Holmes-. El asunto me ha ocasionado algunos pequeños desembolsos que espero que el Banco me reembolsará. Fuera de eso, estoy ampliamente recompensado con esta experiencia, que es en muchos aspectos única, y con haberme podido enterar del extraordinario relato de la Liga de los Pelirrojos.  Ya de mañana, sentado frente a sendos vasos de *whisky* con soda en Baker Street, me explicó Holmes:  -Comprenda usted, Watson; resultaba evidente desde el principio que la única finalidad posible de ese fantástico negocio del anuncio de la Liga y del copiar la *Enciclopedia,* tenía que ser el alejar durante un número determinado de horas todos los días a este prestamista, que tiene muy poco dé listo. El medio fue muy raro, pero la verdad es que habría sido difícil inventar otro mejor. Con seguridad que fue el color del pelo de su cómplice lo que sugirió la idea al cerebro ingenioso de Clay. Las cuatro libras semanales eran un señuelo que forzosamente tenía que atraerlo, ¿y qué suponía eso para ellos, que se jugaban en el asunto muchos millares? Insertan el anuncio; uno de los granujas alquila temporalmente la oficina, y el otro incita al prestamista a que se presente a solicitar el empleo, y entre los dos se las arreglan para conseguir que esté ausente todos los días laborables. Desde que me enteré de que el empleado trabajaba a mitad de sueldo, vi con claridad que tenía algún motivo importante para ocupar aquel empleo.  -¿Y cómo llegó usted a adivinar este motivo?  -Si en la casa hubiese habido mujeres, habría sospechado que se trataba de un vulgar enredo amoroso. Pero no había que pensar en ello. El negocio que el prestamista hacía era pequeño, y no había nada dentro de la casa que pudiera explicar una preparación tan complicada y un desembolso como el que estaban haciendo. Por consiguiente, era por fuerza algo que estaba fuera de la casa. ¿Qué podía ser? Me dio en qué pensar la afición del empleado a la fotografía, y el truco suyo de desaparecer en la bodega... ¡La bodega! En ella estaba uno de los extremos de la complicada madeja. Pregunté detalles acerca del misterioso empleado, y me encontré con que tenía que habérmelas con uno de los criminales más calculadores y audaces de Londres. Este hombre estaba realizando en la bodega algún trabajo que le exigía varias horas todos los días, y esto por espacio de meses. ¿Qué puede ser?, volví a preguntarme. No me quedaba sino pensar que estaba abriendo un túnel que desembocaría en algún otro edificio. A ese punto había llegado cuando fui a visitar el lugar de la acción. Lo sorprendí a usted cuando golpeé el suelo con mi bastón. Lo que yo buscaba era descubrir si la bodega se extendía hacia la parte delantera o hacia la parte posterior. No daba a la parte delantera. Tiré entonces de la campanilla, y acudió, como yo esperaba, el empleado. El y yo hemos librado algunas escaramuzas, pero nunca nos habíamos visto. Apenas si me fijé en su cara. Lo que yo deseaba ver eran sus rodillas. Usted mismo debió de fijarse en lo desgastadas y llenas de arrugas y de manchas que estaban. Pregonaban las horas que se había pasado socavando el agujero. Ya sólo quedaba por determinar hacia dónde lo abrían. Doblé la esquina, me fijé en que el City and Suburban Bank daba al local de nuestro amigo, y tuve la sensación de haber resuelto el problema. Mientras usted, después del concierto, marchó en coche a su casa, yo me fui de visita a Scotland Yard, y a casa del presidente del directorio del Banco, con el resultado que usted ha visto.  -¿Y cómo pudo usted afirmar que realizarían esta noche su tentativa? -le pregunté.  -Pues bien: al cerrar las oficinas de la Liga daban con ello a entender que ya les tenia sin cuidado la presencia del señor Jabez Wilson; en otras palabras: que habían terminado su túnel. Pero resultaba fundamental que lo aprovechasen pronto, ante la posibilidad de que fuese descubierto, o el oro trasladado a otro sitio. Les convenía el sábado, mejor que otro día cualquiera, porque les proporcionaba dos días para huir. Por todas esas razones yo creí que vendrían esta noche.  -Hizo usted sus deducciones magníficamente -exclamé con admiración sincera-. La cadena es larga, pero, sin embargo, todos sus eslabones suenan a cosa cierta. ,  -Me libró de mi fastidio -contestó Holmes, bostezando-. Por desgracia, ya estoy sintiendo que otra vez se apodera de mí. Mi vida se desarrolla en un largo esfuerzo para huir de las vulgaridades de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a conseguirlo.  -Y es usted un benefactor de la raza humana -le dije yo.  Holmes se encogió de hombros, y contestó a modo de comentario:  -Pues bien: en fin de cuentas, quizá tengan alguna pequeña utilidad. *L'homme c'est ríen, l'ouvre c'est tout,* según escribió Gustavo Flaubert a *George Sand.* |